

Narrar para no morir

Fernanda Tusa Jumbo

Narrar para no morir

Fernanda Tusa Jumbo



© **Fernanda Tusa Jumbo**

Primera edición, 2025

ISBN: 978-9942-53-040-0

DOI: <http://doi.org/10.48190/9789942530400>

Distribución online

 Acceso abierto

Cita

Tusa, F. (2025) Narrar para no morir. Editorial Grupo Compás

Este libro es parte de la colección de la Univesidad Técnica de Machala y ha sido debidamente examinado y valorado en la modalidad doble par ciego con fin de garantizar la calidad de la publicación. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones en las leyes, la producción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de la misma por cualquiera de sus medios, tanto si es electrónico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización de los titulares del copyright.

PREFACIO

Vivimos tiempos donde la prisa digital y la inmediatez de los vínculos han desplazado los silencios compartidos, los gestos tiernos, las conversaciones con alma. En medio de pantallas encendidas y algoritmos que nos dictan qué sentir, este libro levanta la voz desde otro lugar: el del hogar, el del afecto, el del trabajo silencioso y la educación como acto de amor. Este texto es una invitación a regresar a lo esencial, a lo que no necesita conexión a internet, pero sí conexión humana.

Cada cuento aquí contenido nace de una emoción verdadera, de una experiencia vivida o contemplada con la delicadeza de quien observa el mundo no con los ojos, sino con el corazón atento. Son historias que no gritan, pero resuenan; que no iluminan con estridencia, pero alumbran con dulzura. Nos hablan de madres que son abrigo, de hermanos que son espejo, de maestras que son guía, de estudiantes que resisten con esperanza. Son pequeñas epifanías cotidianas que revelan lo extraordinario que habita en lo aparentemente común.

Como autora, pero también como docente e investigadora, sé que no hay formación sin sensibilidad, ni vocación sin emoción. Por eso este libro no es solo un compendio literario, es también un acto pedagógico. Aquí se enseña sin lecciones y se educa sin fórmulas. Se educa a través de la empatía, del asombro, de la memoria, del reencuentro con

la familia como primera escuela de humanidad. Se educa desde la vida misma, esa maestra exigente pero generosa, que nos interpela a cada instante.

En tiempos donde la inteligencia artificial simula sentimientos y los vínculos corren el riesgo de volverse mecánicos, este libro propone un retorno radical: el retorno al afecto. Que volvamos a mirarnos, a reconocernos, a conversar desde el alma. Que aprendamos otra vez a emocionarnos con la lectura de una historia, a recordar lo que alguna vez fuimos, a sentir que todavía somos capaces de amar con profundidad.

Esta propuesta narrativa es también una defensa de la literatura como instrumento de transformación interior. Porque narrar es preservar, es resistir, es sembrar semillas de sentido en quien lee. Y porque cada lector, al encontrarse con estas historias, puede descubrir algo que había olvidado de sí mismo: una ternura no dicha, una herida no sanada, una vocación no nombrada. Y ese hallazgo, por pequeño que sea, ya es una forma de educación del alma.

Aquí no hay moralejas, pero sí verdades; no hay manuales, pero sí caminos. Y si alguno de estos relatos logra despertar una lágrima, una sonrisa, una reflexión o una decisión, entonces esta obra habrá cumplido su misión más noble: haber tendido un puente entre la vida y la palabra, entre la realidad y el corazón.

Agradezco a la Editorial UTMACH por abrir las puertas a esta propuesta literaria que honra las raíces, dignifica lo humano y apuesta por el reencuentro con lo esencial. Que este libro llegue a quienes aún creen que la educación empieza por el alma y que toda transformación genuina nace primero en el calor del hogar.

La autora

METODOLOGÍA NARRATIVA

La construcción del presente libro se fundamenta en una metodología de carácter narrativo, testimonial y autoetnográfico, que parte de la experiencia personal y colectiva como fuente de conocimiento y creación. Las historias contenidas en este volumen responden a la observación de la vida cotidiana y de la conducta humana, interpretadas desde la primera persona como una voz implicada y comprometida con los sujetos y escenarios descritos. Este enfoque se vincula con lo que Ellis y Bochner (2000) denominan *autoetnografía*, entendida como la escritura de lo personal que ilumina lo cultural.

La selección de los relatos emergió de un proceso intuitivo y experiencial, en el que fueron priorizadas aquellas vivencias que contenían un valor simbólico y pedagógico. Las narraciones se nutren de situaciones familiares, laborales, educativas y comunitarias, reconociendo que en lo íntimo y en lo cotidiano se configuran las tensiones y aprendizajes que constituyen la condición humana.

De este modo, cada historia deviene en un testimonio con resonancia universal, en tanto el dolor, la esperanza, la pérdida o la ternura, al ser narradas, trascienden lo individual y se convierten en lecciones colectivas. En cuanto al desarrollo de los textos, se respondió a un proceso de observación participante (Spradley, 1980), donde la autora,

en su rol de mujer, docente, madre e investigadora, registró con sensibilidad los gestos, silencios, rutinas y emociones que atraviesan la vida diaria. Esta mirada atenta permitió rescatar lo extraordinario de lo aparentemente común: una conversación interrumpida, una rutina laboral, un abrazo materno, un olor a infancia, se transforman en materia narrativa.

La metodología se vinculó a la atención plena y reflexiva ante los hechos de la vida. En este escenario, los relatos fueron trabajados como un ejercicio de memoria y de análisis emocional (Clandinin & Connelly, 1990). El miedo, la vulnerabilidad, la resiliencia o el amor se constituyen como ejes narrativos que guían la construcción de sentido. La escritura se convirtió en un laboratorio de introspección, donde se analizaron las emociones propias y las de los otros, reconociendo que en ellas reside la potencia transformadora de la palabra.

La metodología aplicada puede considerarse de carácter cualitativo-interpretativo, en la medida en que privilegia la voz de los sujetos, las historias de vida y los significados atribuidos a la experiencia (Denzin & Lincoln, 2011). En lugar de buscar generalizaciones abstractas, esta obra apuesta por la singularidad de las vivencias, entendiendo que lo particular ilumina lo universal.

Cada historia responde a la lógica de la investigación narrativa: comprender el mundo a través de relatos, tal como proponen Bruner (1991) y Ricoeur (1987). En este proceso, la autora no se distancia de los relatos como simple observadora; al contrario, se reconoce como parte implicada en la narración literaria.

Esta decisión metodológica confiere a los textos un carácter honesto y situado: la voz que escribe es también la voz que ha vivido, que ha sentido, que ha llorado y que ha resistido. La subjetividad, lejos de ser un obstáculo, se convierte en el mayor valor metodológico, pues aporta autenticidad y credibilidad a las historias compartidas.

Narrar para no morir se enmarca en el paradigma narrativo y cualitativo, enraizado en la autoetnografía y la escritura testimonial, con base en la observación de la realidad social y la vida cotidiana. Las historias surgen de experiencias personales y colectivas, transformadas en relatos que, al mismo tiempo, son memoria, resistencia y pedagogía. Narrar, en este libro, es un acto metodológico y existencial: una manera de preservar la dignidad humana y de educar el alma a través de la palabra.

TEMÁTICAS ABORDADAS

El libro *Narrar para no morir* se erige como una obra que dialoga entre lo testimonial y lo poético, entre la observación social y la experiencia íntima. Cada relato constituye un espacio de exploración de los grandes dilemas contemporáneos, abordados desde un enfoque narrativo que, al mismo tiempo, posee rigor reflexivo y hondura existencial. Las historias aquí reunidas ofrecen un mosaico temático que combina la crudeza de lo real con la delicadeza de lo simbólico.

Uno de los ejes centrales es la alienación digital y la búsqueda de conexión humana. En un mundo dominado por la aceleración tecnológica y las pantallas, el libro reivindica la importancia del contacto humano, de los silencios compartidos y de la conversación íntima. Desde una perspectiva cultural crítica, estas narraciones nos recuerdan que lo humano no se mide en *likes* o algoritmos, pues va más allá, para interpelar nuestra capacidad de encontrarnos con el otro desde la palabra y el afecto.

Otra temática recurrente es la violencia y el silencio impuesto. Relatos como *El precio del silencio* exploran cómo el abuso y la coerción convierten al silencio en una prisión emocional, y cómo la voz, cuando se atreve a nombrar el dolor, se transforma en un acto de liberación. Aquí lo testimonial adquiere una dimensión pedagógica: la escritura

como recurso para sanar, resistir y dar dignidad a quienes han sido despojados de ella.

Del mismo modo la obra aborda la maternidad como experiencia ambivalente: territorio de sacrificio, pero también de resiliencia y ternura. Historias como *El regreso de las palabras* muestran la tensión entre la maternidad y las exigencias laborales, revelando cómo el amor materno se expresa en gestos significativos y cómo la transmisión de sueños a los hijos puede convertirse en la forma más auténtica de educación.

La alienación laboral y el desgaste existencial también constituyen un eje a lo largo del texto. En *El sentido humano del trabajo*, se problematiza la lógica burocrática que deshumaniza, enferma y vacía de sentido. Sin embargo, se rescata la posibilidad de redefinir el liderazgo y el servicio como actos colectivos, donde el trabajo se transfigura en núcleo de dignidad y de colaboración efectiva. Esta reflexión conecta con la sociología del trabajo y con los estudios contemporáneos sobre el *burnout*, aunque aquí se expresa en un lenguaje cercano y vital.

El amor y el duelo, por su parte, se abordan desde una dimensión profundamente simbólica. *El último aroma de Córdoba* convierte el acto de la despedida en un canto al amor eterno, mostrando que la muerte no anula el vínculo; al contrario, lo resignifica en la memoria, en los aromas y en

los paisajes que se vuelven eternos. El relato funciona como un testimonio de que el amor puede trascender la finitud, convirtiéndose en pedagogía de aceptación y gratitud.

Otra temática potente es la desigualdad de género y la lucha por la equidad. *Habitar el mundo con alma despierta* muestra cómo las mujeres, en el ámbito académico y social, enfrentan obstáculos estructurales y culturales que las invisibilizan. Sin embargo, el relato no se limita a denunciar, puesto que también reivindica la posibilidad de transformar la realidad a través de la educación y de la crianza, sembrando en las nuevas generaciones principios de justicia, respeto e igualdad.

El libro también homenajea a los vínculos invisibles y las figuras anónimas que sostienen la vida cotidiana. En el relato de *Karla, la hermana que "sostiene el mundo"* se rescata la grandeza de quienes entregan amor sin esperar reconocimiento alguno. Esta temática humaniza el espacio familiar, recordando que la sociedad se sostiene en gran medida gracias a los gestos virtuosos de héroes que no figuran en portadas o titulares, pero que poseen un valor trascendental para cada uno de nosotros.

La educación como camino vital constituye otro cimiento narrativo. En esta historia se concibe al proceso de enseñanza-aprendizaje como una puesta en escena de la ternura y el acompañamiento existencial. Enseñar es, en estos relatos, conmover, tocar el alma y sembrar memoria.

La docencia aparece como un oficio ético y humanista, que resiste al olvido y abre horizontes de esperanza.

Estimado lector, esta obra concibe a la resiliencia como núcleo existencial. Los personajes, en medio de sus fragilidades, revelan la capacidad humana de transformar la herida en sabiduría, el miedo en voz y la soledad en comunidad. La resiliencia se erige como una práctica vital sostenida en la fe, en el amor y en la palabra compartida. En este sentido, narrar es sinónimo de sobrevivir, de educar y de perpetuar la dignidad en lo humano. Ese es nuestro verdadero llamado.

Índice de contenidos

PREFACIO	2
METODOLOGÍA NARRATIVA	5
TEMÁTICAS ABORDADAS	8
<i>El precio del silencio</i>	13
<i>El regreso de las palabras</i>	17
<i>El sentido humano del trabajo</i>	26
<i>El último aroma de Córdoba</i>	34
<i>Habitar el mundo con alma despierta</i>	44
<i>Karla, la que sostiene el mundo</i>	58
<i>La capa de los días rotos</i>	61
<i>La educación como camino de vida</i>	66
<i>La mujer que escribía para vivir</i>	81
<i>La mujer que soñaba con despertarse</i>	93
<i>La nobleza del oficio</i>	96
<i>La sierra que nos enseñó a vivir</i>	102
<i>La tejedora de horizontes</i>	106
<i>Luces en el rincón</i>	109

El precio del silencio

La primera vez que mamá me dejó en aquella casa, tenía cinco años. Recuerdo que la madrugada aún se pegaba a las calles como una sombra densa y fría. El aire olía a humedad y a pan recién horneado de la panadería de la esquina y el eco de los primeros pasos apresurados de los comerciantes retumbaba en las aceras vacías. Mamá me sostenía de la mano con fuerza, caminando rápido, como si el tiempo la persiguiera. Ella iba con prisa, tenía el ceño fruncido, las ojeras marcadas como cicatrices y siempre jadeaba en su carrera contrarreloj.

Cuando llegamos a la puerta de aquella casa, la de los vecinos que apenas conocíamos, sentí un nudo profundo en el estómago. No quería entrar. No quería soltar su mano. No quería quedarme sola. Sin embargo, no dije nada, nunca decía nada. Aprendí demasiado pronto que mis palabras no cambiarían su decisión.

-Pórtate bien-susurró y sentí su beso en mi frente como una especie de golpe helado.

Ella nunca se daba cuenta de cómo mis dedos se aferraban a los pliegues de su falda con desesperación, ni de cómo apretaba los labios para contener las lágrimas. Nunca vio que, en el momento en que la puerta se cerraba tras de mí, yo moría un poco por dentro. Al principio, la casa parecía inofensiva. Era un lugar pequeño, con paredes desconchadas y un olor a humedad que se pegaba a la piel.

La mujer que me recibía tenía la voz ronca y las manos ásperas. Me daba un plato de sopa fría y me indicaba un rincón donde debía quedarme. Los hijos mayores de aquella casa me miraban con ojos extraños, incluso cuando solo estaban en silencio. Al principio fueron pequeñas cosas. Un roce. Un secreto impuesto con amenazas, que, poco a poco, se convirtieron en sombras que me devoraban por completo. Todavía pienso en la sensación de impotencia y el dolor mudo de mi cuerpo infantil. Aún resuena en mi mente la voz de uno de ellos, susurrando con frialdad que, si hablaba, nadie me creería, que mi madre me rechazaría, que todo sería peor. Y le creí. Porque tenía solo cinco años. Porque mi mundo giraba en torno a una madre siempre ausente, atrapada en la lucha diaria por nuestra supervivencia, porque el miedo se convirtió en una pesadilla que me encadenó durante años.

El tiempo transcurrió y aprendí a dividir mi existencia en dos. Durante el día era la niña callada que sonreía cuando debía, que respondía con monosílabos, que sacaba buenas notas para que mamá no tuviera otra preocupación más. No obstante, al caer la noche, cuando cerraba los ojos, la oscuridad devoraba mi calma y brotaba un llanto seco, muerto en vida.

Crecí creyendo que mi cuerpo no me pertenecía, que mi voz no tenía valor y mi nacimiento no era más que un accidente sin importancia. Me sentía menos que el polvo en el suelo,

menos que los muebles viejos de aquella casa, menos que cualquier otra cosa en el mundo. Sin embargo, nunca dije nada. Al fin y al cabo, mamá parecía feliz. Ella trabajaba con más fuerzas que nadie y cada vez que lograba comprarme un par de zapatos nuevos o un cuaderno bonito, sonreía con orgullo.

-Todo sacrificio vale la pena-solía decir mientras yo me tragaba el nudo en la garganta y asentía, como si no supiera que algunos sacrificios te arrancaban el alma.

Una tarde, cuando tenía diez años, me miré en el espejo y no me reconocí. La niña que me devolvía la mirada tenía ojos apagados, ojeras profundas y labios sellados por la opresión. Me di cuenta de que había pasado demasiados años sintiéndome invisible, cargando un dolor que asumí como una especie de destino inevitable. Comprendí entonces que el silencio nunca me había protegido; solo había sido la prisión donde mi voz se sepultaba.

Tomó tiempo. Una noche, cuando mamá regresó del mercado con su rostro agotado y las manos frías por el hielo, reuní el poco coraje que me quedaba y me senté frente a ella. Me costó respirar y encontrar palabras que dieran forma a tanto dolor acumulado. No tenía la valentía de sostenerle la mirada, pero aun así lo hice. Por primera vez lloré sin amenazas ni silencios forzados. Mamá no entendió al principio. Su rostro pasó de la confusión a la incredulidad y luego al horror. Sus manos temblaban, sus labios se movían

sin emitir sonido. Cuando finalmente reaccionó, me abrazó tan fuerte que sentí que todas las piezas rotas dentro de mí intentaban reconstruirse. Lloró, me pidió perdón y juntas dormimos al fin, ligeras del alma. Hoy escribo esto porque sé que hay más niñas como yo, quienes callan porque creen que deben hacerlo y piensan que nadie les creerá. Escúchame bien: tu voz es más poderosa de lo que crees. El horror vivido te hará sentir que el silencio es tu mayor refugio, que el dolor es un precio inevitable y que tu dignidad no vale nada. Eso no es cierto. Habla. Grita si es necesario. No estás sola. No permitas que el miedo te haga creer que no mereces ser salvada. Tu existencia tiene valor, tu historia importa y tu voz, por más frágil que hoy parezca, puede convertirse en el rugido que rompa tus cadenas. Nunca calles. La vida es un derecho y mereces vivirla sin abuso ni sombras que te roben la infancia. Recupera tu luz, defiende tu dignidad y jamás dejes que nadie te arrebate el derecho a ser libre y feliz.

El regreso de las palabras

Martín había nacido en una casa donde el aire parecía pesar más que las paredes. Era un niño que no necesitaba mucho para sentirse completo: un abrazo cálido, un “te quiero” sincero, una caricia en el cabello que hiciera del mundo un lugar menos frío. Pero en su hogar, las palabras dulces se habían quedado atrapadas en algún rincón al que él nunca llegaba. Las risas eran apenas un eco de un pasado que Martín no había conocido.

Vivía con su madre Elena, una mujer que parecía llevar el peso del mundo en los hombros, aunque jamás lo admitiera. Ella no era distante ni dura por naturaleza; lo era porque la vida, con su voracidad insaciable, la había forjado así. Desde que tenía memoria, su madre era un torbellino constante: administrativa de lunes a viernes, profesora los fines de semana y a veces, mecánica improvisada. Arreglaba grifos, ajustaba puertas, resolvía problemas que parecían multiplicarse como si el universo conspirara para recordarle que no había espacio para el descanso.

A veces se preguntaba si ella había querido ser otra cosa, si en algún rincón de su corazón quedaba algo más que esa urgencia incesante de sobrevivir. Muchas noches, se despertaba a mitad de un sueño y la veía en su rincón habitual: frente al ordenador, con la luz amarillenta de una lámpara que apenas iluminaba su rostro cansado. El sonido del teclado llenaba el silencio de la casa, mezclado con el

aroma del café recién hecho. Su madre estaba allí, siempre trabajando.

Por las mañanas, parecía un fantasma arrastrado por la rutina. Se levantaba temprano, pero nunca parecía realmente despierta. Las ojeras marcaban su rostro como cicatrices silenciosas y sus movimientos eran torpes, casi mecánicos. Salían corriendo a toda prisa, rezando para que los conserjes de la escuela no cerraran la puerta antes de que el chico pudiera entrar. En esos momentos fugaces, mientras se despedían, su mamá intentaba recordarle cosas importantes:

- *“La educación es la base de todo. Haz caso a tus profesores. Pórtate bien”*-

Esas palabras, si bien eran ciertas, sonaban vacías, como si el cansancio las hubiera despojado de su calor materno. Después, Elena se sumergía en un trabajo que no la inspiraba. Era un lugar gris, donde las horas pasaban arrastrándose y su jefa no veía más allá de lo básico. No confiaba en ella, tampoco valoraba sus ideas, eso la hacía sentirse impotente, como si cada día apagara un poco más de la luz que alguna vez tuvo. Había soñado con hacer grandes cosas; sin embargo, la realidad era otra: reuniones eternas sin propósito, decisiones que nunca llegaban, proyectos que nunca despegaban.

Al mediodía, manejaba como una loca, con el reloj como su mayor enemigo, para llegar a tiempo y recoger a su hijo.

Muchas veces, el niño ya llevaba media hora esperándola, con la mochila a cuestas y una mirada que mezclaba resignación y tristeza. Pero cuando Elena lo veía, intentaba sonreír, a pesar de que por dentro sintiera que estaba fallando. A veces, recogerlo le recordaba su propia infancia, cuando nadie iba por ella y tenía que tomar una buseta para volver a casa.

Almorzaban juntos rápidamente, una comida que era más supervivencia que momento compartido. El pequeño intentaba alargar el tiempo, buscando excusas para que su madre no se fuera tan pronto, pero el reloj siempre ganaba. Elena debía regresar al trabajo, dejándolo en casa de su abuela. El chico odiaba esas tardes. En la farmacia, su abuela estaba más pendiente del negocio que de él. A veces pasaban horas sin que nadie le hablara y la casa se llenaba de un silencio tan pesado como el de la noche.

Cuando la mujer volvía al anochecer, Martín ya casi no tenía palabras. Se sentía como una sombra en su propio hogar, esperando un gesto, una caricia, algo que le recordara que no estaba solo.

Pese a que Elena intentaba ocultarlo, en sus ojos se reflejaba una especie de culpa, quería ser más para su niño; no obstante, sentía que cada día era un campo de batalla donde apenas podía sobrevivir. Vivían en un mundo donde el amor existía; pero no sabía cómo hacerse visible.

Y así la rutina seguía su curso implacable, la mujer trabajaba sin descanso, no porque quisiera, sino porque debía. Los gastos, las facturas, las pensiones escolares: todo parecía apretarla en un puño invisible. Su rostro, antes suave y lleno de sueños, se había endurecido con los años, como si la rutina diaria hubiera esculpido una máscara de resistencia. Si bien amaba a su hijo más que a nada en el mundo, no sabía cómo mostrárselo.

El chico lo percibía, aunque su corazón infantil no lograra descifrarlo del todo. Por las noches, cuando el silencio envolvía la casa como un manto pesado, se refugiaba bajo sus cobijas y soñaba con una madre distinta: una que tuviera tiempo para detenerse, mirarlo a los ojos y llenarlo de palabras suaves; una que riera con él, lo abrazara sin motivo y le susurrara al oído que era el centro de su universo. No obstante, la realidad siempre lo despertaba. Ella llegaba tarde a casa, exhausta, con los hombros caídos bajo el peso de la rutina. Sus palabras eran cortas, casi mecánicas:

"-Recoge tus juguetes-" "-Apaga la tele-".

La calidez quedaba relegada, perdida en algún rincón al que ni ella sabía cómo llegar. Y aunque el pequeño no se atrevía a decirlo en voz alta, empezaba a creer que su madre no lo quería.

Un día, incapaz de contener lo que sentía, levantó la mirada mientras la mujer servía la cena y le preguntó con la franqueza que solo un niño puede tener:

- *¿Mami, tú me amas?* -

Ella se detuvo. La pregunta atravesó la habitación como un disparo. No le gustaban ese tipo de interrogantes, no porque no tuviera respuesta, sino porque la obligaban a lidiar con algo que llevaba años escondiendo: sus emociones.

- *Claro que sí- ¿Por qué dices eso?* -

Y mientras respondía, sentía que las palabras caían como piedras al suelo, incapaces de llenar el vacío que veía en los ojos de su hijo. No sabía cómo decirle que lo amaba con una intensidad que la consumía, pero que mostrarlo le resultaba una tarea titánica. Tal vez porque nunca le enseñaron cómo. Había crecido en un hogar donde las emociones no tenían lugar. Su progenitora, una mujer de temple firme y disciplina de hierro, había enfrentado la vida como una guerrera incansable. Su padre, un catedrático universitario, era poco más que una sombra entre libros. Elena no recordaba abrazos, ni palabras reconfortantes, ni gestos de ternura. Su infancia había sido un desfile de normas y expectativas, de metas que cumplir y emociones que ocultar.

Aquella herencia, pese a que no lo quisiera, la había moldeado. Y ahora, frente a su hijo, veía reflejada una historia que temía repetir. Pese a ello, algo en los ojos oscuros de su pequeño le pedía que fuera diferente. Que rompiera con aquello. Que, por primera vez, se permitiera

ser vulnerable, ser humana, ser madre no solo con los actos, sino también con el alma.

Elena tomó aire, se arrodilló frente a él y, pese a que no estaba acostumbrada, lo abrazó. Sintió cómo su niño se relajaba en sus brazos, como si esperara ese gesto desde siempre.

-Te amo más de lo que puedes imaginar -le susurró, con la voz quebrada pero sincera.

Y aunque no sabía si ese abrazo sería suficiente para reparar todo lo que había dejado pendiente, en ese instante supo que era un comienzo. Un paso hacia un amor que, finalmente, empezaba a encontrar su camino.

Una tarde, mientras buscaba lápices en el cajón de su madre, Martín encontró algo inesperado: una libreta vieja, no era un cuaderno de trabajo, ni uno de esos donde ella anotaba listas de tareas. Era algo más personal, más íntimo. En sus páginas había palabras que no comprendía del todo, letras que le hablaban de una mamá que él no conocía:

-Querido diario, quiero vivir de la escritura; sin embargo, no puedo permitírmelo. Mi hijo me necesita. Trabajo por él. Todo lo hago por él. Hay días en los que siento que no puedo más, que el peso de esta vida se vuelve insoportable. Y mis sueños... ¿dónde quedaron? Antes de casarme, soñaba con ser una gran escritora. Llenaba páginas con historias, pensamientos, ilusiones. Era como si cada palabra me acercara más a mi verdadera esencia, a esa mujer que quería

construir un mundo a través de las letras. El matrimonio frustrado, con su maraña de decepciones y silencios, se robó mis sueños. Me arrancó las palabras de las manos, como si ya no tuviera derecho a ellas. Desde entonces, nunca más pude volver a escribir. Y ahora... ahora no sé cómo hacerlo. Mi sueño sigue ahí, intacto, cubierto de polvo y olvido. Y lo quiero recuperar, no solo por mí, también por Martín. Quiero que crezca sabiendo lo importante que es vivir una vida basada en sueños, una vida que tenga propósito, que tenga alma. Porque sin sueños, la existencia se vuelve estéril, como una muerte en vida. Seríamos como fantasmas, caminando sin rumbo, atrapados en una rutina que nos devora poco a poco. No puedo permitirlo. No quiero permitirlo. Quiero enseñarle que los sueños no son un lujo, sino una necesidad. Quiero que me vea luchando por lo que amo, aunque sea difícil y el miedo me susurre que es tarde. Porque si le enseño a soñar, le estaré dando algo más valioso que cualquier cosa material: la llave para vivir con plenitud. Hoy, al menos aquí, vuelvo a escribir. Es un comienzo, quizás insignificante, pero es mío. Tal vez no sepa aún cómo seguir, más no me rendiré. Por mí. Por él. Por los sueños que esperan ser vividos-

Esa noche, el pequeño no pudo dormir. Las palabras de su madre giraban en su cabeza, como piezas de un rompecabezas que no sabía cómo armar. Cuando Elena vino a apagar la luz, él la miró con ojos serios, más grandes y sabios de lo que debería tener un niño de nueve años.

-Mami, ¿tú eres feliz? -preguntó de repente.

Ella se detuvo en seco, como si la hubieran golpeado.

- ¿Por qué preguntas eso? -

-Vi tu libreta. Quiero saber si estás contenta con nuestra vida-

Elena no supo qué decir. Se sentó al borde de la cama y sintió que algo dentro de ella se rompía. Las lágrimas empezaron a caer antes de que pudiera detenerlas.

-No lo sé. A veces pienso que no. Pero todo lo que hago es por ti-

Martín la miró con una intensidad que la conmovió en lo más profundo.

-Yo quiero que seas feliz, mamá. Si tú eres feliz, yo también lo seré-

Las palabras de su hijo eran tan simples, tan puras, que hicieron que Elena sintiera algo que no había sentido en años: esperanza. Esa noche, después de que el pequeño se durmiera, sacó su libreta y la abrió de nuevo. Esta vez no escribió sobre sus miedos ni sus sacrificios; al contrario, escribió un plan. Dibujó un mapa con palabras que llevaban años enterradas en su corazón: escribir, viajar, vivir. En el centro, escribió un nombre: Martín. Porque todo lo que soñaba no solo era para ella, sino también para él.

Su madre decidió que el 2025 sería el año en que todo cambiaría. Sabía que no sería fácil. Los miedos seguirían ahí, como sombras susurrándole al oído que se quedara en el mismo lugar, que lo conocido, aunque doloroso, era más

seguro y confortable. Pero esta vez, ella no los escucharía. Esta vez, levantaría la mirada, respiraría hondo y tomaría a su niño de la mano para cruzar juntos el umbral de aquella casa silenciosa, dejando atrás una vida que les había robado demasiado.

Comenzó a escribir. Al principio, sus palabras eran torpes, casi temerosas, como si las hubiera olvidado tras años de abandono. En las madrugadas, las letras se convirtieron en un refugio, en una llama naciente que iluminaba su camino. Así nació *“Cartas para mi hijo”*, un libro donde plasmó todo lo que no había podido decirle a su primogénito, repleto de enseñanzas que quería trasmitirle y de promesas que empezaba a hacerse a sí misma: ser valiente, trabajadora, una persona que hiciera el bien y se permitiera sentir.

El día del lanzamiento, Elena se sintió plena por primera vez en años, como si su verdadera esencia hubiera regresado. La Casa de la Cultura se llenó de luces, de murmullos, de aplausos; aun así, para ella, lo más importante no era el público ni los elogios. Allí, en la primera fila, estaba él, su mayor inspiración, su motor, su razón de ser. Sus ojos brillaban con orgullo, y en ese instante, supo que todo había valido la pena. Ese día, por primera vez en mucho tiempo, fue feliz. Realmente feliz. Porque había entendido que la vida no podía ser solo trabajo y supervivencia. La vida tenía que ser amor, sueños y libertad. Y, por fin, estaba lista para vivirla en su plenitud, con Martín como su compañero de aventuras.

Ambos merecían esa vida y ahora sabía que era capaz de alcanzarla.

El sentido humano del trabajo

El triste sonido de sus tacones de sus tacones rompía el silencio de los pasillos asfixiantemente burocráticos de la universidad pública. Cada mañana, al empujar la pesada puerta de la Dirección de Formación Profesional, sentía que dejaba un pedazo de su alma atrapado entre los documentos apilados, las firmas requeridas, las reuniones insustanciales donde las palabras flotaban sin propósito. Había aceptado el puesto con la ingenuidad de quien cree que puede transformar el mundo con sus propias manos, convencida de que una sola chispa de voluntad bastaría para encender la llama del cambio y arrasar con la apatía. Con el tiempo, aquel fulgor inicial comenzó a apagarse, ahogado por la rutina asfixiante de un sistema construido para perpetuar la inercia, un engranaje diseñado para adormecer el ímpetu personal y alimentar la resignación.

Desde su despacho, veía la ciudad despertando en un ritmo que ya no le pertenecía. Cada tanto se sorprendía a sí misma mirando el reflejo en la pantalla de su ordenador, preguntándose quién era esa mujer de rostro serio y ojeras marcadas. Lo más doloroso no era el trabajo en sí, sino la ausencia de sentido. Su equipo, más que compañeros parecían sombras errantes, figuras que llegaban y salían sin

convicción, con la mirada ausente, con los puños estériles, sin esfuerzo alguno. Delegar tareas era un ejercicio de paciencia que desembocaba en resultados mediocres, entregas tardías, excusas rebuscadas. Ella terminaba haciendo mil y un diligencias por su cuenta, en madrugadas que se alargaban hasta el alba, donde el café se volvía amargo y el cansancio se acumulaba en los huesos.

A veces, cuando el silencio de la noche la envolvía y la única compañía era el parpadeo intermitente de la pantalla del ordenador, se cuestionaba si su entrega incansable era trascendental o solo estaba perdiéndose en un laberinto sin salida. Allí resonaba en su mente el consejo de su padre, sabio en su sencillez:

-Al final del día, lo único que realmente importa es la familia, tus hijos. Todo lo demás es efímero, circunstancial-

Sin embargo, ella no podía concebir esa idea. ¿Cómo podía ser secundario aquello por lo que había luchado toda su vida? Su reputación, su desempeño, su entrega absoluta al trabajo no eran solo una elección, sino una necesidad. No quería que nadie cuestionara su rendimiento ni su productividad. Podían decir cualquier cosa, podían criticar su carácter, su manera de dirigir, pero jamás permitiría que alguien la llamara 'vaga'. Ese era el peor insulto, la peor afrenta que podía recibir.

Su forma de liderazgo era vista por muchos como débil. Y, en parte, no estaban equivocados. Siempre había sido

autosuficiente, solía efectuar las cosas por su cuenta, porque así, pensaba, obtendría resultados más ágiles y de mejor calidad. No tenía la confianza suficiente para delegar, le parecía una pérdida de tiempo esperar que otros hicieran lo que ella podría terminar en la mitad de horas. Además, le costaba dar órdenes. Cada vez que trataba de imponer una directriz, sentía una punzada de incomodidad, como si estuviera exigiendo algo que no tenía derecho a pedir. Temía que la juzgaran, que la tacharan de endeble o ineficaz. En ocasiones, su autoestima se desmoronaba, su valía personal se diluía hasta volverse casi imperceptible, y eso, lo sabía bien, se convertía en un festín para las burlas veladas y las miradas condescendientes de sus empleados.

Los trabajadores la observaban con ese aire de superioridad de quienes saben que pueden evadir responsabilidades sin consecuencias, con esa indiferencia calculada de los que han aprendido a resistirse a cualquier forma de cambio. Nunca le enseñaron en la universidad cómo ser líder. No había aprendido entre libros cómo dirigir grupos humanos con éxito, ni cómo inspirar a otros a seguir un camino por vocación hacia el servicio público. Ahora lo estaba aprendiendo en vivo y en directo, sin manuales ni simulacros. No había pruebas de error, no existía espacio para equivocarse. Todo era real y el lastre de cada decisión recaía sobre sus hombros con una presión que se volvía insoportable.

La gestión humana y emocional era el mayor desafío de cada jornada. Muchos asumirían que lo más agotador serían los interminables documentos administrativos o las reuniones estériles repletas de discursos vacíos; al contrario, lo verdaderamente extenuante era la interacción con las personas, ese juego invisible de expectativas, egos y voluntades en pugna.

Por las noches, llegaba a casa completamente destrozada, con la sensación de que, por más que se esforzara, no sería suficiente para los demás. Se quitaba los zapatos con pesadumbre, se dejaba caer en el sofá y miraba el techo con la mente en blanco. Pensaba en renunciar, en que tal vez esa batalla no valía la pena. No obstante, recordaba el miedo aún más grande que la perseguía: que la llamaran cobarde, que alguien dijera que no estaba a la altura, que era incompetente. Y así, con ese temor aferrado al pecho, se levantaba cada mañana para seguir intentándolo un día más. Una fecha que recordaría por siempre sería un viernes 07 de marzo. Aquella mañana su agenda estaba saturada de reuniones, compromisos ineludibles y problemas que resolver.

No había tiempo para detenerse, ni siquiera para comer. Tomó un bocado apresurado, cualquier cosa que pudiera ingerir con una mano mientras la otra sujetaba el volante, con la mente dispersa entre la carretera y las preocupaciones que la aguardaban en la oficina. Apenas había recorrido la

mitad del trayecto cuando sintió un dolor punzante y desgarrador en el estómago. Un ardor inhumano la hizo encorvarse sobre el volante, su respiración se volvió errática, y por un instante, pensó que la muerte la alcanzaría allí mismo, en plena avenida, bajo el estruendo de bocinazos impacientes y el resplandor intermitente de luces cegadoras que parecían burlarse de su fragilidad humana.

El sudor frío le corría en riachuelos desde la frente hasta la base del cuello, las manos le temblaban como si fueran ajenas, apenas alcanzaba a percibir resplandores oscuros y amenazantes. Y aunque buscó aferrarse al volante con desesperación, sus dedos resbalaban como si no le pertenecieran. Las luces de los autos se deformaban en destellos fantasmales y los sonidos se volvían distantes, robándole la noción del tiempo y del espacio, dejándola a la deriva entre la conciencia y la nada.

Con una energía casi sobrehumana, impulsada más por el instinto primario de supervivencia, logró llegar a la universidad. Estacionó a duras penas, sintiendo que cada movimiento le costaba la vida misma. Buscó su teléfono con dedos temblorosos, marcó los números de su equipo, rogando que alguien corriera a ayudarla. Por su pesar solo escuchó tonos de llamada sin respuesta. Era viernes y aquellos a quienes se había empeñado en dirigir, aquellos a quienes nunca les negó un favor, se habían marchado, fugándose del trabajo con la excusa de una tarde de

cervezas. Sabían de antemano que su Jefa no les diría nada, que jamás levantaba la voz ni imponía castigos.

Esa certeza le dolió más que el propio flagelo físico, sintió que la ira y la tristeza se mezclaban en su pecho, pero no tenía fuerzas ni para llorar. En un último esfuerzo arrastró sus pies hacia el consultorio médico del campus, sin saber si volvería a salir de allí. Los médicos la sometieron a una serie de exámenes exhaustivos, prolongando las pruebas hasta altas horas de la noche. Finalmente, el veredicto cayó sobre ella con la potencia de un golpe devastador: cáncer de estómago.

*-Altos niveles de estrés, exceso de cafeína, comer a deshoras, mala alimentación-*le explicaron los especialistas con la frialdad de quienes han visto ese cuadro mil veces antes. En ese instante no pensó en sí misma ni en su cuerpo deshecho. De inmediato vino a su mente la imagen de sus hijos, aún menores de edad que dependían exclusivamente de ella, quien era madre y padre a la vez, porque la vida le había quitado cualquier otra opción. Pensó en qué sería de ellos si moría.

Y rompió en un llanto sordo, ahogado, suplicando en su interior que Dios le concediera una última oportunidad de cambio, de renovación. No tuvo opción. Fue sometida a un calvario de quimioterapias y radioterapias que se prolongaron durante meses, aunque en su piel sintió que fueron años. La enfermedad la despojó de todo vestigio de

vitalidad, la consumió desde adentro, dejándola extenuada e irreconocible. Hubo días en los que su cuerpo apenas respondía, noches en las que despertaba empapada en sudor, sin saber si estaba viva o atrapada en una pesadilla recurrente. Cada punzada de dolor era un recordatorio de que la muerte rondaba, paciente y sigilosa, aguardando el instante preciso para arrastrarla hacia la eternidad. En medio de la desgracia, hubo algo que la sostuvo, incluso cuando quiso rendirse: el amor de sus hijos.

No podía dejarlos solos en un mundo que aún necesitaba de su abrazo, de su guía. Se aferró a sus rostros con la desesperación de un náufrago que encuentra, en la inmensidad del mar embravecido, su último salvavidas. Finalmente asimiló la advertencia que tantas veces había escuchado de su padre: la familia siempre debía estar en primer lugar. Al término del día no importaban los títulos, los cargos o el intento vano por demostrar algo a quienes nunca iban a abrazar tu subjetividad. Únicamente sus hijos constituían su verdadera razón de existir. Por ellos, se sujetó a este mundo con las pocas fuerzas que aún residían en su cuerpo maltrecho, ya fuera con plena consciencia o despertando en un hospital, atrapada en el limbo entre la vida y la muerte.

Aquel episodio fue un punto de inflexión único, una lección amarga y profunda que jamás olvidaría. Logró salir victoriosa contra todo pronóstico y con ello, hizo un juramento

inquebrantable: cambiar su estilo de vida y su dinámica de trabajo.

Gracias a aquella enseñanza mortal, entendió que el liderazgo no se construye desde el sacrificio solitario, sino desde la confianza, la colaboración y la humildad de reconocer que nadie puede sobrellevar el mundo sobre sus hombros sin hacerse daño. Aprendió a delegar sin culpa, a soltar el control sin sentir que traicionaba su propia exigencia. Su liderazgo mutó en una fortaleza genuina, en una dignidad pujante inspirada por el valor de la resiliencia. Movidos por su ejemplo, las personas empezaron a sostenerse mutuamente, confiar en los demás y comprender que una labor bien hecha trasciende el empeño propio, convirtiéndose en un compromiso con algo más grande que uno mismo. Juntos, redefinieron el auténtico significado del trabajo, elevándolo a una forma de sacerdocio laico, donde cada esfuerzo germinaba como una semilla de cambio, con la capacidad de transformar vidas y dejar una huella perdurable en su comunidad.

El último aroma de Córdoba

Al cruzar el umbral del viejo portón de madera, el aire me envolvió en un abrazo tibio, cargado de recuerdos. Era primavera, y los patios de Córdoba, en su inagotable generosidad, desplegaban su esencia única. Era también el lugar donde mi esposa había decidido pasar sus últimos días.

Recién casados, habíamos imaginado un futuro lleno de viajes y risas, pero el cáncer no conocía planes ni proyectos de vida. Nunca imaginamos que nuestros primeros meses de matrimonio se convertirían en una rutina de pasillos de hospital.

Éramos tan jóvenes, llenos de sueños por cumplir; no obstante, los designios de nuestra existencia compartida nos encaminaron hacia un destino distinto, donde los protagonistas eran médicos, enfermeras, recetarios y tratamientos.

Mi rutina consistía en salir lo más pronto posible del trabajo, tomar el tren y llegar al hospital. Subía todo nervioso al tercer piso, al área de oncología. Ahí estaba Marta, esperándome, intentando disimular el dolor y yo intentando contener las lágrimas, quería darle una fortaleza que a mí mismo me faltaba en aquellos momentos.

La amaba más que nunca, por su valentía, por su tenacidad, porque nunca mostró fragilidad ante las circunstancias adversas. Al contrario, enfrentaba cada día con una

determinación que me desarmaba. Conversaba con los médicos, bromeaba con las enfermeras y, en el proceso, se había ganado el corazón de todos.

Cómo no amarla, si lo era todo para mí. Mi mujer transformó un lugar de dolor en un espacio de humanidad y esperanza. Con su sonrisa invencible, había decidido que no soportaría más quimioterapias.

-No prolonguemos lo inevitable, amor, solo quiero sentir los aromas de mi tierra por última vez, rodeada de los míos-

Aquella noche en Madrid, cuando me dijo que no quería más tratamientos, sus palabras me dejaron estupefacto. No podía concebir una vida sin ella. ¿Qué sería de mí? En ese momento, prefería la muerte antes que apartarme de mi esposa.

Salí al pasillo del hospital intentando contener el llanto, aun así, las lágrimas comenzaron a brotar de forma incesante. Me sentía vulnerable, impotente ante algo que superaba mis fuerzas. Aquel instante se vestía como una especie de oscuro precipicio, parecía imposible soportar el dolor de la fatalidad. Los milagros no existían para nosotros; nuestras plegarias fueron renegadas.

Una y otra vez, mi mente se llenaba de preguntas que arañaban mi cordura: ¿Por qué tenía que ocurrirnos esto a nosotros? ¿Por qué a ella? ¿Qué habíamos hecho mal? ¿Por qué se nos castigaba así? La frustración e impotencia se

apoderaron de mí, y gritando todo mi dolor contenido, alcé la vista al cielo buscando respuestas.

El eco de mi propio grito se perdió en el silencio del hospital. Sabía, desde los cimientos de la razón, que Dios quizás no existía, que tal vez solo era una historia inventada para mantener la esperanza. En ese instante no me importaba nada más que gritar mi rabia e impotencia. No podía dar cabida a pensamientos de muerte, pero al final, incluso en medio de mi desesperación, entendí que Marta necesitaba algo más que mis lágrimas: necesitaba mi amor incondicional, mi fuerza, mi promesa de estar a su lado, sin importar lo que viniera.

De pronto, un niño apareció a mi lado. Su rostro, manifestaba el peso de la enfermedad, y me dijo con una calma que solo podía provenir de alguien que conoce el sufrimiento:

-No llores, ten fuerza, todo saldrá bien-

Aquel consuelo, salido de los labios de un infante en el área de oncología, no fue algo al azar. Fue una señal, un recordatorio de que antes de pensar en mi propio dolor, debía pensar en mi esposa. Debía ser su fortaleza, el pilar en el que pudiera apoyarse.

Inspiré de modo intenso, recogí el valor que nunca había creído tener y regresé a la habitación. Mi mujer estaba allí, tan hermosa como siempre, a pesar de la adversidad. La

abracé con ternura, dejando que todo mi amor fluyera en ese gesto y le dije:

-Claro, viajaremos juntos, amor. Todo estará bien-

Sus ojos se llenaron de luz y, en ese momento, supe que había hecho lo correcto. Aquella mujer era mi mundo, y si su último deseo era volver a su tierra, yo estaría a su lado, en cada paso de este nuevo caminar.

Dejé todo: el trabajo, el apartamento en la gran ciudad y juntos volvimos a su Córdoba natal. En el patio de la casa familiar, rodeados de geranios, jazmines y buganvillas, Marta encontró la paz que tanto necesitaba. El olor del azahar nos cobijaba como a niños pequeños, y yo veía cómo ella aspiraba hondo, como si quisiese atrapar ese soplo para la eternidad.

Me quedé junto al pozo antiguo, incapaz de contener las lágrimas mientras mi mujer hablaba con su madre y sus hermanas. El aliento húmedo del suelo y el agua fresca me traía recuerdos de mi propia infancia, aunque ahora tenía una sensación de agónica despedida. Marta siempre me decía que los patios no solo olían, también curaban. Quizás no el cuerpo, pero sí el alma.

Por las noches, compartíamos salmorejo que su madre preparaba con amor y paciencia. Ella decía que sabía distinto en Córdoba, como si el tomate y el ajo se hubiesen criado al compás de las estaciones andaluzas.

-Es el corazón de mi tierra-me explicaba, mientras yo intentaba memorizar cada palabra suya, cada gesto cargado de virtudes.

En las mañanas, los desayunos eran un festín sencillo, con sabor a campo. Panes calientes, impregnados con aceite de oliva, llevaban consigo la esencia de los olivos centenarios que rodeaban la región. Los acompañábamos con lonchas de jamón ibérico, cuyo sabor profundo y salado permanecían en el paladar como una caricia del buen vivir.

Al mediodía, los platos se llenaban de color y pasión. El rabo de toro, cocido lentamente hasta alcanzar una textura que se deshacía en la boca, estaba bañado en una salsa espesa que mezclaba el dulzor del vino tinto con especias que despertaban los sentidos ocultos de los comensales. Mi esposa cerraba los ojos al primer bocado, disfrutando un platillo sobre otro.

-Este es el sabor de mi infancia, me trae hermosos recuerdos-suspiraba Marta en estado de plena placidez, y yo no podía evitar enamorarme aún más de mi esposa.

Por las tardes, explorábamos los dulces del pueblo. Las yemas de San Leandro, con su textura sedosa y ese toque único de azúcar quemado, eran sus favoritas. Incluso probamos los pestiños, cubiertos de miel pegajosa que nos dejaba los dedos coloridos y el corazón ligero.

-Son un beso de la tierra-decía entre risas, mientras pedía más, como una chiquilla amante de los postres.

Cada comida era un homenaje a Córdoba, una forma de honrar nuestra senda en la tierra, a pesar de la sombra que se cernía sobre nosotros. Aquellos sabores se quedaron grabados en mi mente, porque eran mucho más que alimentos: eran amor, nostalgia y resistencia, una declaración de que, mientras pudiera saborearlos con Marta, la vida aún tenía sentido.

Una tarde, paseando por los naranjales, ella se detuvo y cerró sus ojos.

- *¿Sientes eso?* -me preguntó. -*Es como si nuestra esencia estuviera aquí, en el aroma de los naranjos-*

Yo asentí, aunque no estaba seguro si lo que sentía era el hechizo de la naturaleza sobre mí o el amor infinito que desbordaba mi corazón por Marta. Su cariño había convertido cada rincón de Córdoba en un santuario sagrado, donde cada detalle, por mínimo que fuera, adquiriría un significado trascendental.

Su presencia iluminaba los matices más sutiles de aquel espacio natural, como si ella misma encarnara la esencia de todo lo vivo, despertando en mí una devoción renovada hacia el mundo que nos rodeaba.

El aire estaba impregnado de la frescura cítrica de los naranjos, una sinfonía de fragancias dulces y ácidas que se entrelazaban al compás de una tenue brisa, como el sonido discreto de una tarde andaluza destinada a habitar en mi ser hasta el final de mis días. Cada respiración era un viaje al

pasado, trayendo consigo memorias atemporales que parecían fotogramas de mundos olvidados: las risas cristalinas de los niños que corrían libres bajo el sol ardiente, los cestos desbordantes de frutas maduras que exhalaban su esencia con generosidad y las manos curtidas por el trabajo que, con devoción y esfuerzo, recogían cada fruto como si se tratara de pequeñas joyas terrenales. Era un aire cargado de historias no contadas, que me envolvía en un abrazo invisible, perpetuo.

El sol iba descendiendo, tiñendo las paredes de tonos dorados y acariciando las hojas verdes con reflejos cobrizos. Mi mujer se acomodó en un banco de piedra antiguo, sus bordes, desgastados por los años, se cubrían de un musgo verde esmeralda que desprendía una frescura terrosa, como si la naturaleza misma se aferrara a su superficie. De pronto me tomó de las manos. El perfume de las buganvillas cercanas, áspero y hondo, se mezclaba con el sutil resuello de las hierbas que crecían entre las grietas del suelo.

A lo lejos, el agua tímida de un joven arroyo rozaba la tierra fértil, acompañado por el canto melancólico de un mirlo, como si ambos resguardaran un secreto ancestral con el tiempo mismo. Pero lo que flotaba en el aire iba más allá de cualquier fragancia ordinaria. Olía a vida en su máxima expresión, una vida que no se medía en minutos, sino en latidos, en sensaciones. Era un aroma cargado de gratitud

desbordante, como si la tierra, los árboles y el cielo dieran gracias por existir en armonía.

Aquel dulzor a campo virgen poseía un poder casi divino; no solo curaba el alma, también penetraba en los abismos más recónditos de la mente humana, llenándolos de una serenidad tan pura que renacíamos con cada respiración. Era como si nuestra existencia se detuviera y, en su lugar, emergiera una realidad fabricada de instantes perfectos. El aire regalaba años donde antes solo existían días, sentía un consuelo magnánimo que no provenía de este mundo, acaso de una esfera espiritual donde la compasión imperaba en lo absoluto. Córdoba era un perfume silvestre que hablaba directamente al corazón, abrazaba nuestra humanidad rota con una ternura dignificante.

Su esencia era un canto de amor y de despedida, un susurro de promesas hacia la eternidad, de una belleza inmortal que nos reconciliaba con lo que una vez fuimos y nos invitaba a aceptar que incluso en lo fugaz habita la plenitud.

-Amor, por traerme aquí. Esto es todo lo que necesito. Nunca he sido tan feliz. Me siento completa-

En ese instante comprendí que no solo estaba agradecida por el lugar, sino por el momento, por el aquí y el ahora, como si en ello residiera la totalidad de nuestra existencia. Mi pecho se llenó de un dolor profundo, pero además guardaba gratitud, pues nuestra historia, breve como el vuelo de un ave, era inmensa en su significado. Cada aliento

floral, cada matiz de luz era un regalo, y supe que, aunque nuestro destino fuera efímero, quedaría inmortalizado en nuestros recuerdos.

Aquellos días redescubrimos el vasto sentido de lo que somos. Cada amanecer se alzaba como una ofrenda sagrada, el canto del viento acariciaba dulcemente el alma. Y cuando finalmente cerró los ojos, lo hizo rodeada del aroma de su tierra, dejando tras de sí una paz infinita que reconfortaba y dignificaba el amor con el que fue rodeada hasta el último instante.

Córdoba fue su morada predilecta, un territorio de ensueño que abraza la vida y la muerte. Cada vez que percibo el aire impregnado de azahar, siento que Marta sigue aquí, en sus patios llenos de esplendor, en el cielo luminoso de las tardes andaluzas y en las remembranzas que sostienen mi ser. Cada primavera, como un pacto solemne, visito su tumba, su lápida sencilla adornada con flores frescas. Allí me quedo durante horas, conversando como lo hacíamos en nuestra juventud. Siento que me escucha, que me comprende, y en esos momentos la distancia entre nosotros desaparece.

A veces reímos juntos; otras, guardamos silencios cómplices que parecen abarcar el universo entero. Reflexiono, entonces, que nuestro trayecto en este mundo es apenas un suspiro y que en nuestras evocaciones habita la verdadera eternidad. Recorrer Córdoba constituye mi forma de honrarla. Observo sus calles, sus patios y sus paisajes con los

ojos de Marta, tratando de ver la belleza como ella lo habría hecho. En aquellos instantes me siento feliz, porque sé que ella lo es mucho más. Su amor me acompaña en cada rincón, en cada rayo de sol que ilumina esta tierra bendita, que fue suya y que ahora también es mía. Gracias, Córdoba, por regalarme vida y a su vez razones para vivirla. Por ser fulgor en mis días de oscuridad y un bálsamo en cada instante compartido. Por envolver mi ser en tus fragancias y curar mis heridas con tu belleza eterna. Gracias por ser memoria, refugio y hogar, por ser siempre un lugar donde el corazón encuentra paz.

Habitar el mundo con alma despierta

Estela nació en un hogar humilde, pero a pesar de sus penurias económicas y condiciones mínimas que garantizasen su calidad de vida, siempre prevalecieron los libros que, con sus páginas desgastadas y su aroma a historias antiguas, se convertían en auténticos portales hacia mundos fantásticos y repletos de un sinfín de posibilidades, donde los más pequeños se permitían soñar.

Para ella, aquellos volúmenes eran maestros silenciosos que le susurraban verdades ocultas y sueños inimaginables. Desde niña, solía sumergirse en la lectura permanente, como quien explora un universo infinito de significados, permitiéndose embarcarse entre líneas que abrían puertas a nuevas realidades alterativas de todo orden conocido hasta ese entonces.

Cada relato le ofrecía una herramienta emergente que le permitía cuestionar las lógicas sobre las cuales el mundo parecía funcionar. Entre historias ficcionales encontraba espejos simbólicos donde podía reflejar sus propias inquietudes, así como sus primeras dudas sobre las reglas no escritas que regían a la sociedad.

Fue así como la literatura comenzó a moldear su filosofía de vida, brindándole un marco significativo para entender las dinámicas injustas que sucedían a su alrededor. A través de sus fábulas, aprendió a identificar patrones de desigualdad que otros daban por sentado. Los libros no solo constituían

su lugar favorito en el mundo, también le proporcionaban un noble sentimiento de reflexión, despertando en ella una sensibilidad profunda hacia las discriminaciones que marcaban su día a día. En sus manos, las páginas se transformaban en una invitación a imaginar una realidad más íntegra e imparcial.

No debía ir muy lejos para entender cómo funcionaba el andamiaje de la justicia humana. En casa, por ejemplo, las tareas domésticas recaían sobre las mujeres. Su madre, una mujer trabajadora y devota, le pedía que lavase la vajilla después de cenar, que planche las camisas de su hermano o que le ayude a cocinar el plato predilecto de su tío. Sin embargo, nunca vio que esas mismas peticiones fueran dirigidas a los hombres de la familia.

Siendo apenas una niña observaba cómo los varones permanecían sentados, en actitud relajada, viendo el partido de fútbol dominical y charlando animadamente, mientras las mujeres se desvivían en la cocina, haciendo mil y un malabares para atenderlos con una sonrisa heredada, sin mostrar cansancio alguno, con resignación estoica, asumiendo que esa sería la cruz que cargarían por el resto de sus días. Había en aquellos momentos una dicotomía que atormentaba sus valores elementales.

- *¿Por qué a mí y no a ellos? ¿Por qué las mujeres tenemos que hacer estos oficios?* -se preguntaba en silencio, mientras sus manos enjabonaban los platos acumulados o su mirada

se perdía en el montón de ropa que esperaba ser planchada. Ese era el eco constante de un atropello normalizado entre cuatro paredes, al interior de ese refugio llamado hogar.

Esta incomodidad crecía en su interior conforme pasaban los años, si bien no sabía cómo expresarla intuía que algo estaba mal, que las reglas tácitas de su convivencia eran el reflejo de una sociedad que depositaba sobre las mujeres una carga aplastante. Callaba, porque no encontraba palabras suficientes para describir su inconformidad. No obstante, dentro de ella, algo empezaba a rebelarse. Cada vez que doblaba una camisa o preparaba la cena mientras los hombres se servían una cerveza agasajando la jornada laboral cumplida, su descontento tomaba la forma de una chispa que abrasaba su conciencia pueril.

Aquella dinámica cotidiana fue el primer escenario donde comprendió, de forma inconsciente, la desigualdad de género. Entendió que había una división implícita en la que el trabajo de las mujeres se daba por hecho, mientras que los privilegios de los hombres se aceptaban sin cuestionamientos. Y aunque era demasiado joven para articularlo con claridad, sabía que aquello no estaba bien, no era justo para nadie.

Y así, mientras las tareas de su infancia se imponían como una imposición femenina, ella las convirtió en lecciones a lo largo de su vida. Cada oficio que desempeñó a temprana edad se convirtió en un símbolo del trabajo no reconocido

de millones de mujeres en el mundo. Y prometió que algún día usaría su voz para cambiar esa realidad.

Cuando terminó el colegio, sintió que su esfuerzo por fin daba frutos: una beca para estudiar en una prestigiosa universidad, lejos de casa, significó la oportunidad que tanto había esperado para medirse, al fin, en la independencia y autonomía que se abrían ante ella como caminos colmados de desafíos y aprendizajes. Con la maleta abundante de proyectos por cristalizar, Estela comprendió por primera vez que dejar atrás lo conocido era tan emocionante como intimidante; aun así, estaba lista para enfrentar su futuro con determinación y valentía.

Al llegar a la universidad se entregó con pasión atesorada a su formación académica. Sus días transcurrían entre libros, investigaciones y debates intelectuales. Pronto, se ganó la reputación de ser una estudiante disciplinada, responsable, con una ética de trabajo intachable.

Sin embargo, una vez más, las cuestiones de género comenzaron a emerger entre pasillos. En clase, notaba con desconcierto cómo algunos compañeros varones obtenían mejores calificaciones en participación, aunque sus aportes fueran mediocres o imprecisos. Ella y sus amigas, un grupo de mujeres igualmente brillantes, rara vez tenían la oportunidad de exponer sus ideas.

Las palabras de los hombres eran celebradas, aplaudidas incluso, mientras que las voces femeninas se ahogaban en

un mar de indiferencia, incluso de burla simulada. Lo que más le dolía era que su docente, también mujer, perpetuaba aquel ciclo de desigualdad.

- *¿Por qué entre nosotras no nos apoyamos?* -se preguntaba con frustración y tristeza. La herida se ahondaba a medida que su talento era ignorado conforme pasaban los días.

No obstante, y a pesar de estos obstáculos, perseveró pese al poco apoyo institucional, y, tras graduarse, decidió postularse para un puesto como catedrática en esa misma universidad, en un intento por demostrar que una genuina educación para el alma debía ser diferente, inclusiva, motivadora y empática.

Allí, descubrió que el camino no sería fácil. La exigencia era constante: proyectos de investigación, publicaciones académicas, clases innovadoras. No había margen para el error. Mientras sus colegas varones vivían por y para la academia exclusivamente, mientras dejaban en segundo plano el ejercicio de la paternidad o quedaba al cuidado de la esposa las labores del hogar, ella sentía que debía redoblar esfuerzos para demostrar que, por ser mujer, no era menos valiosa ni muchos menos digna de su posición como docente principiante. No buscaba victimizarse ni justificar los obstáculos que se le presentaban, que, si bien eran muchos, no estaba dispuesta a claudicar en su vocación profesional. El momento más desafiante llegó con sus estudios doctorales. Su hijo apenas tenía cuatro meses de edad

cuando surgió la oportunidad de realizar una estancia doctoral en otro país. Con el corazón acongojado, dejó a su bebé al cuidado de su familia y emprendió el viaje más afligido de todos. Durante ese mes lejos de casa, las noches se llenaron de lágrimas. En cada llamada telefónica, el peso de la distancia se hacía insoportable. No obstante, lo que más la atormentaba eran los comentarios crueles de algunas colegas mujeres.

-No es una madre de verdad. Solo le importa su carrera. ¿Cómo ha tenido el coraje de dejar solo a su bebé recién nacido? Es una desalmada. Esa no es una mujer-

Aquellas palabras la herían profundamente porque venían de quienes ella esperaba empatía y reciprocidad.

Mientras tanto, sus colegas varones, padres de familia, recibían un trato completamente distinto. Ellos eran admirados, incluso elogiados por "sacrificarse" en nombre de la profesión. La desigualdad era evidente y venía a confirmarle que las expectativas sociales hacia las mujeres eran distintas y, a menudo, injustas. Pese a todo no se dejó vencer. Cada lágrima que derramaba, cada crítica que recibía, se convertía en una especie de combustible que alimentaba su entereza para seguir adelante.

Entonces pudo comprender que su lucha no era solo personal, era también un acto de resistencia frente a un sistema que castigaba a las mujeres por soñar, por aspirar a más. Su trayectoria académica era una prueba fehaciente de

que su género podía llegar a ser lo que aspirase: madres, académicas, líderes. Con cada logro, reafirmaba su derecho a ocupar espacios que históricamente habían sido negados para ellas.

En cierta ocasión, mientras asistía a su segundo seminario doctoral, una docente lanzó una estadística que la embistió con la fuerza de una bofetada inesperada: los hombres, afirmó, completaban sus doctorados con mayor rapidez que las mujeres. La razón, explicaba con datos irrefutables, radicaba en que las mujeres, a lo largo de sus estudios, asumían múltiples roles: se convertían en madres, gestionaban responsabilidades domésticas y laborales, mientras que los hombres disfrutaban de tiempo completo para dedicarse exclusivamente a su investigación.

Para Estela, aquellas palabras simbolizaron un desafío directo a su determinación y a la filosofía de que el género no debía ser un límite para el éxito académico. Fue entonces cuando algo en su interior se inflamó al instante. Decidió que completaría su tesis doctoral en tiempo récord, demostrando que las estadísticas eran perfectibles de cambio y que las mujeres podían desempeñarse con excelencia en todos los ámbitos hacia los cuales cabalgaran sus ideales de vida.

Sus noches se convirtieron en un campo de batalla entre el cansancio y la perseverancia como disciplina de estudio. Aún recuerda cómo, pasada la medianoche, el llanto de su bebé

la llamaba desde la cuna. Con movimientos automáticos, henchidos de amor fraterno, le cambiaba el pañal, lo alimentaba y lo arrullaba hasta que volvía a dormirse. En lugar de regresar a la cama, tomaba una taza cargada de café, humeante e intenso, y encendía su viejo ordenador. En esas horas de sigilo profundo, cuando el mundo dormitaba, su tesis fue tomando forma, como la plastilina que se moldea al compás de la paciencia. Las palabras fluían de modo incesante, tejiendo argumentos, formulando hipótesis, creando el alma de su investigación inicial.

El tiempo parecía diluirse en esas madrugadas. Sin darse cuenta, la mañana comenzaba a despuntar y los primeros rayos de sol se colaban por su ventana. Ya era de día y apenas había cerrado los ojos. A las 7:30 a.m. en punto, estaba de pie en el aula de clases, lista para recibir a sus estudiantes con una sonrisa sincera y una energía que desafiaba su cuerpo exhausto. Esta rutina, agotadora y casi inhumana, se repitió por tres años consecutivos. Aun así, no se permitió flaquear, cada noche en vela era un paso más hacia su objetivo académico.

Finalmente, aquel ciclo extenuante concluyó y Estela fue la primera de su cohorte en depositar la tesis para la sustentación. Aquel texto se erigía como un poderoso testimonio de inquebrantable resiliencia que mantuvo frente a las adversidades. Cuando su tutora, quien más tarde se

convirtió en su gran amiga y mentora, le preguntó de dónde había sacado fuerzas para lograrlo, respondió con firmeza:

-Quería demostrar que las mujeres podemos y más que eso: que somos capaces de superar cualquier barrera sin necesidad de excusas ni concesiones. Somos suficientes, completas y poderosas por nosotras mismas. Con talento y vocación podemos alcanzar cualquier meta que nos propongamos. Pero no lo hagamos para probar algo a los demás, más bien para reafirmar lo que ya sabemos en el fondo de nuestro ser: somos la promesa de un futuro más justo y equitativo-

Más adelante, cuando las autoridades universitarias implementaron un sistema de asignación de horas para investigación, sintió que había llegado una oportunidad crucial para potenciar su carrera científica. Los docentes con altos índices de productividad serían beneficiados con más tiempo para dedicarse a sus proyectos.

En ese contexto, su incansable dedicación y sus publicaciones recientes la posicionaban como la candidata perfecta. Sin embargo, al revisar la asignación, descubrió que solo le habían conferido la cantidad mínima de horas para producir. Por otro lado, sus colegas varones con un historial de producción científica mucho menor recibieron hasta catorce horas semanales. La indignación la invadió, más decidió callar una vez más.

Sabía que, como profesional ocasional contratada, no tenía margen para quejarse, pues el sistema estaba diseñado para perpetuar esas desigualdades. Pese a ello no dejó que el resentimiento ni la frustración detuviera su caminar. Se exigió aún más y cada minuto libre que lograba encontrar en el curso del día se enfocaba a la investigación. Con una entereza admirable cerró el año superando sus propias expectativas. Su esfuerzo fue reconocido oficialmente cuando fue premiada como la docente con mayor productividad científica de toda la universidad en el período académico vigente.

Hoy, ha alcanzado una plaza que durante años se dibujaba como un horizonte lejano, casi inalcanzable. Tiene nombramiento y forma parte de la planta docente permanente de su institución. No fue un camino transitorio, mucho menos sencillo. Diez largos años de silencios impuestos, desigualdades normalizadas, abusos soterrados y atropellos disfrazados de burocracia fueron necesarios para lograr esa conquista laboral que, más que un puesto, representa una victoria simbólica, una reivindicación personal y colectiva.

Esa meta cumplida no solo fue anhelada por Estela, su madre igualmente participaba en ello. Ya jubilada, había convertido los domingos en un ritual de fe y cada semana asistía a misa como un hábito íntimo de gratitud y ofrenda. Un día, movida por la curiosidad le preguntó:

–Mamá, ¿y por qué te gusta ir tanto a la iglesia? ¿Qué haces allí? –

La respuesta llegó con una dulzura serena, cargada de una fuerza compasiva:

–Me gusta ir porque doy gracias a Dios. Porque veo que está forjando tu camino con dignidad y valentía. Estás creciendo como una mujer virtuosa, que conquista sus sueños con esfuerzo y honestidad. Estoy orgullosa de ti y te admiro profundamente. Ojalá yo hubiera tenido la fortuna de seguir mis sueños, pero me siento proyectada en tu felicidad. Tus logros son también míos, así los siento–

Aquellas palabras la dejaron sin aliento y le estremecieron el alma. Eran un susurro de amor y renuncia. Sabía que su madre, con mucho sacrificio, había terminado apenas la escuela. No tuvo oportunidades; sin embargo, nunca dejó de creer en el poder prodigioso de la educación. Mientras vendía frutas y legumbres en el mercado municipal, ahorraba con esmero para pagarle los cursos vacacionales, comprarle libros o costear los campamentos científicos a los que asistía en el colegio. Cada billete guardado era un voto de confianza hacia el talento de su primogénita.

Para su madre, la educación era el puente por excelencia que conducía a una vida plena, llena de propósito, el medio a través del cual su hija podría convertirse en la mujer que ella misma no tuvo la posibilidad de ser. La joven comprendía que sus logros no eran solo suyos; al contrario,

representaba el linaje de mujeres que resistieron en el anonimato y que sembraron con sus manos callosas los sueños que ahora florecían en ella.

En su corazón ya maduro, la voz de su madre persistió como una promesa insigne de que la dignidad no se hereda, tan solo se construye. Y que, cuando una mujer avanza, lleva consigo la historia de todas las que alguna vez no pudieron. Ese era el testimonio más honesto que podía cumplir con suma rectitud.

Su historia de lucha y de superación la ha convertido en una defensora incansable de la equidad de género en el ámbito académico e investigativo. Desde su posición trabaja para derribar barreras conceptuales, abrir caminos hacia las nuevas generaciones y tender puentes para que otras mujeres encuentren el lugar justo que les pertenece en el mundo.

Estela está convencida de que el cambio es una manifestación de la justicia histórica que debe ser construida día a día, resultado de pequeñas revoluciones, de las manos que se extienden para levantar a otras, de las voces que se alzan para cuestionar lo que parece inmutable.

Su misión es colectiva y dedica tiempo y energía a sembrar la semilla de la igualdad y el respeto. Su labor constituye un compromiso social con todas las mujeres que vinieron antes y aquellas que vendrán después. Y en su corazón late una certeza categórica:

-En cada acto de valentía se construye un futuro diferente, donde la humanidad, finalmente, pueda reconocerse en igualdad de derechos-

Y el destino, con su sabiduría ancestral y sus paradojas reflexivas, la convirtió en madre de dos hijos varones. Aquello que muchos habrían visto como una ironía del universo, para ella fue una oportunidad única, su más grande proyecto de vida: el de sembrar, en dos futuras generaciones de hombres, una nueva forma de ver y habitar el mundo. Desde pequeños, los educó bajo los principios del respeto, la empatía y la inclusión, con la firme convicción de que un verdadero proceso transformador empieza en casa.

Ella misma, con entusiasmo y sin estereotipos, entrenaba fútbol junto a ellos, construía robots, jugaba con coches y los acompañaba en sus aventuras imaginarias. Aunque también, con la misma naturalidad, compartían cursos de cocina y aprendían a preparar juntos la lista del supermercado. Los fines de semana se reinventaban en jornadas de colaboración: limpiaban la casa, ordenaban estanterías y arreglaban desperfectos del hogar. No había tareas "de mujer" o "de hombre", tan solo un equipo que funcionaba con amor y corresponsabilidad.

Se llamaban entre ellos "los tres mosqueteros", en una especie de alianza forjada en la complicidad, los juegos y las conversaciones difíciles. En medio de esa dinámica

encontraba su propósito más claro: criar hombres sensibles, justos y conscientes. Porque entendía que el futuro que soñaba no solo dependía de mujeres empoderadas; al contrario, el desafío residía en educar hombres que acogieran los valores de la empatía y el respeto.

En esa crianza compartida, despojada de antiguos mandatos que enmudecían la naturaleza de los individuos, descubría cada mañana que sí: otro mundo era posible, siempre y cuando el cambio naciera primero en la piel y no en los discursos.

Porque toda revolución despuntaba con el murmullo de lo íntimo, en el eco manso de una existencia despojada de egoísmos. Y solo cuando los gestos diarios se redefinían en una verdad encarnada, la teoría dejaba de ser idea para convertirse en alma y el futuro se tornaba en una decisión consciente y legítima.

Quizás, después de todo, un cambio genuino no significaba conquistar el universo entero, sino aprender a habitarlo en coexistencia, con integridad y humanidad. Nadie nos lo había enseñado, pero en algún punto comprendimos que caminar junto a los otros, con el alma encendida y el corazón dispuesto, era un tesoro invaluable.

Aquel ejercicio, simple y sagrado, constituía la esencia del buen vivir de Estela y su familia, y se traducía en el arte de habitar el mundo con propósito y sentido. Ese era su legado, una forma de vida enraizada en la justicia social y renunciar

a él habría sido traicionar su vocación de servicio a los demás, su misión más noble: hacer de esta sociedad un mejor lugar para vivir.

Karla, la que sostiene el mundo

Nunca fue el centro de atención. En las fotos familiares siempre quedaba al borde, casi fuera de encuadre, como si la vida misma quisiera dejarla en segundo plano. Karla, mi hermana, la que para el mundo es apenas un susurro, una sombra entre luces ajenas, es, para mí, la arquitectura invisible de mi existencia.

No tuvo hijos, pero fue madre. De mí, de todos nosotros. Su afecto devocional nunca pidió nombres ni etiquetas. Fue confidente cuando mis palabras temblaban, abrigo cuando mis días se tornaban invierno. Tenía –tiene– ese don inusual de escuchar sin prisas, sin juicios, como si cada palabra mía fuera la única verdad del universo. Con ojos serenos y manos pacientes, me regalaba el consejo preciso, no aquel que uno espera por antojo, sino el que el alma necesita para no quebrarse en vida.

Hubo un tiempo en el que pensé que ya no podía más. Un momento oscuro, sombrío, en el que mi existencia se desmoronaba tras un divorcio marcado por la violencia de género. Las heridas invisibles dolían más que las que podían verse. Acaricié la idea del suicidio como quien busca una puerta de salida en medio de un voraz incendio. El dolor era

insoponible, una sombra que crecía en mi interior, asfixiándome a cada instante.

Creía estar sola, hundiéndome en un abismo sin retorno. Pero Karla estaba ahí. Siempre estuvo. Ella, con sus infinitas oraciones, tejía un puente invisible entre mi esencia rota y una esperanza que superaba todas mis fuerzas. Y entonces ocurrió el milagro. No hay otra forma de llamarlo. Una noche, cuando el sufrimiento parecía insoponible, el corazón dejó de doler. Sentí una paz inmensa, desconocida, como si alguien hubiera arrancado el peso de mi pecho. Y lo supe. En lo más profundo de mi ser entendí que había sido ella. Sus oraciones, su fe inquebrantable, fueron aquel destello que me salvó. Solo ella pudo hacer realidad ese milagro. Nadie más.

Y cuando decidí reconstruirme, cuando busqué una nueva vida, cuando volví a soñar con realizarme profesionalmente, fue mi hermana quien hizo posible lo imposible. Cuidó de mis dos hijos como si fueran suyos. Fue madre y padre para ellos. Mientras yo estudiaba en las madrugadas, ella dormía al lado de mis niños, velando sus sueños con una ternura que aún hoy conmueve mi espíritu. Esa imagen –ella acostada entre mis hijos, con la serenidad de quien sabe que está donde debe estar– se quedó grabada en mí como el más puro acto de amor.

Karla renunció a sus sueños para que los nuestros cobraran vida. No hubo reproches, ni lágrimas escondidas, solo esa

sonrisa serena de quien halla plenitud en el acto de dar, asumiendo con humildad y devoción un sosegado sacerdocio al servicio de los demás.

¿Cómo no amarla? ¿Cómo no venerarla en la intimidad más profunda de mis pensamientos? Mi hermana es la lección más hermosa que la vida me ofreció y me enseña, en cada jornada, que los verdaderos héroes no llevan capas ni reciben medallas, pues el afecto más fidedigno es aquel que se entrega sin esperar nada a cambio, a través de gestos compasivos que, por su grandeza, se consagran para toda la eternidad.

Karla no es un ser de esta tierra; es un ángel que Dios nos confirió para guiarnos y hacernos felices. Algo debimos haber hecho bien en otra vida para merecer un regalo tan precioso e invaluable. Su presencia es un milagro cotidiano, un susurro divino que nos recuerda que no estamos solos. Sin ella, no seríamos nada, pero con ella, lo somos todo. Porque no solo sostiene nuestras vidas, las ilumina, las eleva y nos muestra, con su ejemplo, que el auténtico cariño no tiene límites ni condiciones.

Gracias, hermana. Porque sin tus renunciaciones, sin tus oraciones, sin ese amor extraordinario y desinteresado que solo vos sabés dar, no sé en qué me habría convertido. Soy lo que soy por vos. Y aunque el mundo nunca te mire con los ojos con los que yo te veo, sé que en los rincones más sagrados del alma existen nombres que brillan en silencio,

como una luz mansa y eterna. El tuyo, Karla, resplandece entre ellos.

La capa de los días rotos

En una pequeña aldea de la Región de Murcia, entre lomas acariciadas por el sol y olivos centenarios que parecían guardar los secretos del tiempo, vivía Lucía, una mujer de mirada cálida, una catedrática universitaria cuya pasión por el patrimonio cultural y el turismo rural latía en cada palabra que pronunciaba. Sus días transcurrían entre libros, mapas y viajes a los rincones más recónditos de su tierra, buscando conectar a sus estudiantes con el alma de los territorios.

Desde que era niña, había sentido un vínculo especial por los cuentos que su abuela le narraba, había algo mágico en esas historias de molinos encantados, fiestas populares y huertos que reverdecían en primavera. Cada palabra se convertía en un hilo intangible que la unía a generaciones pasadas y a una Murcia que respiraba en los susurros del viento. Fue ese amor por lo ancestral lo que la llevó a emprender su tesis doctoral, una obra titánica sobre la alfabetización del patrimonio cultural para niños y niñas.

En su corazón atesoraba un propósito: enseñar a las nuevas generaciones a descifrar las historias ocultas en los paisajes que las rodeaban, a escuchar las voces silenciadas de su tierra y, a través de ello, forjar un lazo inquebrantable con sus

raíces. Su misión era encender en ellos el amor por lo que eran y por el legado que habitaba en este rincón del mundo. El camino hacia su sueño era empinado y lleno de sacrificios. La joven invertía no solo su tiempo, sino también sus ahorros en su investigación. Con una grabadora y una libreta como compañeras fieles, viajaba por aldeas y caseríos, entrevistando a ancianos que le relataban tradiciones olvidadas y descubriendo pequeños tesoros en museos locales. Cada descubrimiento era un peldaño más hacia la culminación de su tesis. Su esfuerzo comenzó a rendir frutos: colectivos, maestros y estudiantes comenzaron a interesarse por su trabajo, que prometía revitalizar la conexión de las nuevas generaciones con su herencia cultural.

Pero entonces, como un vendaval implacable llegó la pandemia. La universidad, sumida en la asfixiante incertidumbre económica, se vio obligada a prescindir de muchos de sus docentes, entre ellos Lucía. La noticia la golpeó con la brutalidad de una carga inesperada, un ladrillo invisible que quebró momentáneamente su voluntad y obnubilaba su pensamiento. Jamás había imaginado que prescindirían de ella: era una trabajadora ejemplar, una docente impecable en sus responsabilidades, querida por sus estudiantes y respetada por sus colegas.

¿Por qué pasaba esto? No tenía respuestas. Durante noches interminables se cuestionó todo, increpó a Dios una y mil veces, buscando en vano una explicación que nunca llegó.

Sin su trabajo, el eje que había dado sentido a su vida, la realidad tambaleaba ante sí, los meses siguientes fueron un torbellino de tristeza y desesperanza.

Su tesis, ese proyecto que había llenado de significado sus días, yacía olvidada en un rincón del escritorio improvisado en casa, enterrada bajo una fina capa de polvo que parecía encarnar el incesante paso del tiempo. Se sentía perdida, como un navío a la deriva entre olas de infortunios, donde los sueños flotaban inertes y el horizonte se desvanecía en un laberinto de fatalidades en bucle.

No obstante, exhausta por la incesante lucha contra una realidad inmutable, sintió cómo su ira comenzaba a desvanecerse, transmutándose en algo más liviano. La resignación, como un agua mansa que fluye entre las grietas del alma, se instaló donde antes habitaban el enojo y la desolación. De a poco, aprendió a aceptar esta nueva realidad: una vida pincelada por la tristeza y la apatía, pero también iluminada por la tenue posibilidad de encontrar, quizás, un nuevo sentido en medio del caos.

Una tarde de invierno, con el corazón encogido por la nostalgia, decidió salir a caminar por los senderos que rodeaban su aldea, en un intento de encontrar algo, cualquier cosa, que aliviara el peso que cargaba en sus adentros. Sus pasos la llevaron, como si una fuerza invisible la guiara, hasta un pequeño museo local que había visitado innumerables veces en su juventud.

Allí, entre vitrinas de vidrio que reflejaban la luz tenue de su mirada marchita, sus ojos se posaron en una capa española antigua, bordada con primorosos motivos de huertos, limoneros y paisajes murcianos, la prenda parecía irradiar una serenidad poderosa. Lucía se quedó inmóvil frente a ella, sintiendo que aquella capa le increpaba duramente:

-Reacciona ¡tu sueño no ha muerto! el patrimonio te necesita tanto como tú a él-

Esa noche, de regreso a casa, encendió una vela y desempolvó su tesis. La capa había despertado algo en ella una chispa que creía extinguida. Comenzó a escribir con la misma pasión que había sentido al iniciar su investigación. Las horas se deslizaban como un río incesante y las palabras fluían desde lo más profundo de su ser.

En cada página, encontraba fragmentos dispersos de sí misma, como las piezas de un espejo roto que volvía a ensamblar de forma prolija. En esas líneas redescubría la razón de su lucha: una lucha por resignificar la investigación y las ciencias sociales, pero, sobre todo, una batalla feroz contra la apatía que había amenazado con consumirla, debía salvarse a ella misma, aún albergaba dentro de sí un caudal de ideas, amor y conocimiento que podía ofrecer a la sociedad. Ese proceso de reconstrucción le reveló que su tenacidad no era únicamente un acto de supervivencia, sino una declaración de resistencia, constituía un desafío para transformar el universo ejemplar que alguna vez fue. Textos

y páginas inacabadas ahora brillaban con un propósito renovado.

Meses más tarde, se encontró frente a un tribunal académico defendiendo su tesis. Su investigación no solo fue aprobada, sino aclamada como una contribución invaluable para la educación patrimonial. Al finalizar su intervención, se dirigió al baño y allí, frente al espejo, las lágrimas comenzaron a brotar, eran lágrimas de felicidad, lo había logrado y eso era suficiente. Aquel instante era el cierre de un ciclo, el fin de una etapa llena de lucha, sacrificios y aprendizajes. Tiempo después, comunidades locales comenzaron a implementar sus ideas y niños y niñas de toda Murcia descubrieron, gracias a ella, un mundo de historias y tradiciones que les pertenecerán siempre. Hoy, recorre los pueblos de la Región, llevando consigo una reproducción de aquella capa que la inspiró. Para ella, no es solo un símbolo de resiliencia, es un recordatorio de que el patrimonio, con su magia y sabiduría ancestral, tiene el poder de salvarnos de nuestros abismos más profundos. Cada vez que se la pone, siente que lleva consigo las voces de todos aquellos que lucharon por preservar la belleza de su tierra natal. Y así, Lucía sigue caminando, con el corazón repleto de historias y los sueños como capa que la envuelve. Porque en el patrimonio, como en la vida, el verdadero valor trasciende lo material, está en las huellas imborrables que dejamos para quienes nos suceden. Y es que el auténtico patrimonio es el de nuestra

alma, que nos impulsa a avanzar entre adversidades, a abrazarnos en nuestras imperfecciones y a reconfortarnos en los momentos más oscuros. Allí, en la capacidad de amar, resistir y crear belleza incluso en el dolor, reside la valía del ser humano.

La educación como camino de vida

La luz se filtraba por las rendijas del tejado agujereado como si fueran pinceladas divinas, trazando haces dorados que danzaban sobre el suelo de tierra de la estrecha morada de Santiago. Aquella vivienda, más frágil que un tenue suspiro, había sido construida con madera reciclada y láminas de metal recogidas de la chatarra.

En su cálido interior yacía un universo colmado de sueños infantiles. El muchacho de nueve años, delgado como la sombra de un árbol al atardecer, tenía unos ojos grandes y negros que eran dos abismos insondables, llenos de preguntas que el mundo aún no había logrado responder. Su casa, aunque humilde y herida por el tiempo, era un santuario donde las esperanzas brotaban como flores salvajes entre las grietas del suelo empobrecido.

Su madre, Rosa, trabajaba largas jornadas buscando, entre montones de basura, reservas ocultas que pudieran transformarse en sustento para el hogar. El reciclaje de chatarra era su pan diario, un oficio que sostenía con la

dignidad de quien encuentra belleza en lo descartado ante los ojos de la sociedad.

El niño la observaba despertar en la madrugada, cuando el sol aún dormía y la oscuridad cubría el barrio con su manto helado y sigiloso. En esas primeras horas, el aire frío calaba hasta los huesos y mamá, envuelta en un abrigo que contaba las mil y un anécdotas donde ella era la protagonista, se embestía de aquella valentía propia de las mujeres y así salía a enfrentar el mundo con una determinación que su hijo encontraba heroica.

Antes de partir, solían compartir un momento de intimidad en torno a la mesa de cocina, una humilde estructura hecha de cartón prensado que, aunque endeble, sostenía el peso de sus esperanzas fallidas. La escena quedaba iluminada por la luz temblorosa de una lámpara de queroseno, cuyo parpadeo pintaba sombras danzantes en las paredes, como si el tiempo mismo se detuviera para honrar aquel ritual cotidiano.

La fragancia del café recién hervido endulzaba el ambiente, mezclándose con el aroma terroso del pan duro que acompañaba aquellas madrugadas cálidas en su afectividad. En otras ocasiones, bebían agua aromática, infundada con hojas de hierbas que Rosa recolectaba con esmero del jardín vecino o aceptaba como obsequio de las vendedoras del mercado municipal. Eran mujeres como ella, guerreras invisibles, madres que también eran padres, cuya

solidaridad se tejía en miradas cómplices y silencios elocuentes, un lenguaje mudo cargado de comprensión y respeto mutuo.

Antes de partir, la madre cumplía con una ceremonia emotiva que parecía grabada en su alma desde siempre: se acercaba a la cama del pequeño con pasos sigilosos, casi como si temiera perturbar el sueño de un ángel. Observaba a su hijo dormido y en un gesto que combinaba amor y fe le daba su bendición, como si en esas palabras quisiera protegerlo de todo lo que el mundo pudiera acarrear. Ajustaba las mantas con una delicadeza casi reverente, depositando el cariño y los valores de vida que atesoraba en su corazón.

Luego, revisaba la puerta con meticuloso cuidado, cerrándola suavemente para no interrumpir la paz del niño. Antes de salir, lanzaba una última mirada llena de orgullo hacia su hijo, su mayor esperanza, su proyecto más valioso, y con ese pensamiento confortante, se envolvía en una determinación única para así enfrentar otro día en un mundo indómito que esperaba por ella.

La mujer recorría las calles empedradas con una cadencia que parecía acompasada por el eco de sus propios pasos. El pavimento, marcado por charcos que reflejaban la luz temblorosa de los faroles, ofrecía apenas la claridad suficiente para guiar su camino. De casa en casa, con una paciencia casi infinita, revisaba las bolsas de basura que las

personas dejaban frente a sus puertas, como si estuviera buscando diminutos destellos de esperanza en medio de lo descartado.

Junto a ella portaba un gancho de metal, su incorporada herramienta de batalla, la cual era utilizada para abrir las bolsas sin ensuciarse demasiado. En otro brazo cargaba un saco grande que, aunque pesado, era su cómplice silencioso mientras el día despuntaba.

Allí, entre fragmentos de lo olvidado, la mujer encontraba lo útil: botellas de plástico, trozos de vidrio, metal oxidado y papeles que aún podían tener un propósito. Era un trabajo solitario, tejido con esfuerzo y minuciosidad, donde cada objeto recuperado representaba una chispa de posibilidad. A veces, entre los desechos, aparecían fortunas inesperadas: un juguete roto que, tras ser restaurado con sus manos habilidosas, podía iluminar el rostro de un niño, o una prenda vieja que, después de ser lavada y cuidada, podía tener una nueva vida en su humilde hogar. Cada hallazgo era un recordatorio de que incluso en lo excluido latía con fervor una segunda oportunidad.

Con el paso de las horas, sus manos, ya agrietadas por el trabajo inquebrantable, sufrían el impacto del frío y los materiales duros. Sin embargo, nunca se quejaba. Para ella, este trabajo era una forma honrada de llevar alimento a casa. Regresaba al mediodía con los sacos llenos y la espalda cansada, pero también con algo más significativo, invisible

ante el juicio de los demás: esperanza. Entre el metal oxidado y los restos de aparatos rotos, siempre encontraba libros. Para muchos, esos textos eran basura; para ella, eran ventanas hacia otros mundos. Santiago esperaba con ansias el regreso de su madre sabiendo que entre los objetos recolectados encontraría historias que lo harían soñar. Novelas, enciclopedias, cuadernos llenos de notas de desconocidos. Cada libro era un tesoro que él cuidaba como si fuera el oro mismo.

Su hijo la admiraba profundamente. No solo por su entrega y sacrificio, también lo hacía por la forma en que enfrentaba las adversidades con dignidad y resiliencia.

Su madre nunca pidió limosna ni se apostó en las calles a pedir caridad. Al contrario, intentó todos los modos posibles por crearse un espacio laboral decente. Ella le había dicho una vez:

-El trabajo puede ser duro, pero nunca es vergonzoso. Vergonzoso es rendirse o robar-

Esa frase se grabó en su corazón pueril como un lema de vida.

Esa voluntad de salir adelante de forma honrada era una lección que querían inculcar en su hijo. Y él la abrazaba con cada fibra de su ser, consciente de que su esfuerzo diario estaba cimentado en valores que no podía traicionar. Observaba a su madre con admiración y aprendía de ella la lección más importante de todas: la verdadera riqueza

residía en la dignidad de vivir una existencia honesta y de caminar cada día con la frente en alto y la consciencia íntegra.

Por las mañanas, el pequeño asistía a la escuela pública del barrio, un edificio envejecido con paredes desconchadas y ventanas que apenas lograban mantener el frío afuera. El crujir de las tablas del piso y el eco de las voces en los pasillos daban al lugar un aire de nostalgia y de férrea resistencia. A pesar de su aspecto descuidado, aquel lugar estaba lleno de maestros que creían firmemente en el poder transformador de la educación.

Para los docentes, cada niño era una semilla esperando florecer y Santiago era un ejemplo vivo de ello. Era uno de esos alumnos que los profesores recordarían para toda la vida: curioso, aplicado y siempre con una pregunta lista para desafiar a sus enseñantes. En sus libretas, las palabras y las ideas se acumulaban como un río que buscaba salida, fluyendo en un torrente de creatividad y ávido deseo por aprender.

Desde que se levantaba tenía en mente un propósito claro: aprender todo lo que pudiera. Su entusiasmo por el conocimiento lo hacía destacar entre sus compañeros. Era un niño responsable, educado, autónomo y autodidacta. No se conformaba con los conocimientos impartidos en clase; le apasionaba explorar más allá de lo que le enseñaban.

Observaba el mundo con una mirada inquisitiva, fijándose en los detalles de su entorno inmediato y formulándose mil y una preguntas sobre cómo funcionaba todo. Durante las clases, anotaba las lecciones con meticulosidad, como si fuera una esponja anhelante por absorber el conocimiento formativo, ese que nos hace mejores personas. Sus libretas estaban repletas de esquemas, flechas y comentarios al margen, una prueba certera de su talento y vocación por el estudio.

En los recesos, mientras otros jugaban al fútbol o intercambiaban cromos, él se dirigía a la biblioteca de la escuela, un cuarto improvisado atiborrado de volúmenes viejos y polvorientos. Las estanterías, algunas a punto de colapsar por el peso de los tomos olvidados, contenían obras que parecían relatar historias de otra época. Santiago encontraba un refugio en ese espacio tranquilo, perdiéndose entre las páginas de textos que, aunque desgastados, contenían mundos enteros esperando ser descubiertos. Había algo mágico en ese olor a papel antiguo, como si cada libro susurrara secretos a quienes se atrevieran a abrirlo.

Su materia favorita era matemáticas. Le fascinaban los cálculos y las operaciones, no solo porque disfrutaba resolver problemas, también porque encontraba en ellos una aplicación práctica para su vida diaria. Con aquellos conocimientos de ciencia exacta, llevaba las cuentas del

hogar, ayudando a su madre a calcular cuánto debía cobrar por el material reciclado que recolectaba. Su precisión evitaba que los patrones abusaran de su analfabetismo y esa responsabilidad le llenaba de sumo orgullo. Cada número que anotaba era una herramienta para proteger a su familia y garantizar que su esfuerzo fuera valorado.

Por las tardes asumía un rol que pocos niños de su edad aceptarían con entereza. Preparaba el almuerzo para su madre con los pocos ingredientes disponibles.

A menudo cocinaba una sopa de papas con queso o sopa de fideos y mientras el aroma de los aderezos inundaba la casa, él pensaba en cómo ese sencillo acto contribuiría al bienestar de mamá. No solo se trataba de alimentar su cuerpo cansado, al mismo tiempo era un ejercicio de gratitud y ternura desbordante.

Después de servir la comida se dedicaba a las labores domésticas. Lavaba la vajilla con esmero, eliminando cada rastro de grasa como si el brillo de los platos fuera una extensión misma de su ser prematuro. Luego barría el piso de tierra, levantando una ligera nube de polvo que apartaba con un producto limpiador que consumía con medida, esperando que durase todo el mes. Organizaba cada rincón con la esperanza de que su madre, al regresar, encontrara un hogar limpio y acogedor. Solo entonces, con su entorno pulcro, se sentaba a hacer sus tareas escolares.

El escritorio improvisado había sido levantado con una tabla vieja apoyada sobre dos cartones. Sobre él, una lámpara de queroseno emitía una luz tenue, suficiente para iluminar las páginas de sus libros. Aunque el cansancio a veces lo vencía y terminaba quedándose dormido con el texto abierto sobre el regazo, nunca descuidaba sus responsabilidades. Sabía que cada tarea completada era un paso más hacia un futuro que soñaba distinto.

Su madre regresaba al anochecer, agotada por la jornada extenuante de trabajo en las calles, pero al llegar encontraba una casa limpia, comida caliente y un hijo que, a pesar de las adversidades, mantenía una hermosa disciplina de estudio. Para Santiago, aquello no era un sacrificio, más bien era una forma de honrar el esfuerzo incansable que ella ejercía con nobleza. Cada día, al verla cruzar con las manos agrietadas y la espalda encorvada por el peso de su oficio, sentía una especie de compasión y respeto.

Sabía que el conocimiento era la herramienta por excelencia con la capacidad suprema de cambiar su destino y por eso se aferraba a sus libros como si fueran cerraduras prodigiosas que abrirían las puertas de un mejor mañana.

El pequeño entendía que sus esfuerzos no eran solo para él, sino también para romper el ciclo de pobreza que había marcado a su familia durante generaciones. Su historia no era la de un niño curioso, era mucho más que eso, reflejaba la vida de un luchador incansable, un soñador que

encontraba en las letras y los números los instrumentos para construir un porvenir lleno de esperanza.

Mientras tanto, en su barrio, la realidad era distinta. Las calles se configuraban como laberintos de polvo, chatarra y risas estridentes de niños que, como él, buscaban una razón para creer. Sin embargo, algunos de ellos habían dejado de soñar. Sus amigos de la infancia, aquellos con quienes había jugado a la pelota desde siempre, eran seres ajenos, diferentes, sus caminos se habían ensombrecido.

Las bandas que prometían dinero fácil y poder eran un espectro espantoso que rondaba el vecindario. Poco a poco, muchos niños de su escuela se habían retirado, abandonando los salones de clase y optando por ese destino cruel como emblema de una falsa superación. Para ellos, el camino hacia las bandas era la única alternativa que les permitía, al instante, llevar comida al hogar. No obstante, no había retorno, se ponían en sumo peligro y arrastraban con sus fatales decisiones a sus familias, que quedaban marcadas de por vida. A pesar de ello, lo único que les importaba era tener el estómago lleno y dejar atrás los días de penurias económicas en el hogar, aunque el precio a pagar fuera demasiado alto.

Era muy penoso cuando eso ocurría. Cada vez que un compañero dejaba de asistir a la escuela, el aula se sentía más vacía, como si una parte del futuro se desmoronara frente a los ojos de todos. Las bandas estaban ganando cada

vez más adeptos, mientras la escuela se quedaba sin alumnos.

Los maestros, desesperados, intentaron convencer a los niños de que permanecieran en clase, de que la educación era su principal vehículo para salir adelante en la vida. Pero ¿cómo competir con el camino del dinero? Era imposible para ellos.

Las promesas de las bandas eran inmediatas y tangibles: un billete en el bolsillo, una comida caliente en la mesa, una moto ruidosa que atraía miradas de aparente admiración. En cambio, las promesas de la educación eran invisibles, lejanas y difíciles de imaginar para quienes vivían en la carencia permanente.

Al principio lo intentaron convencer con promesas banales. Se acercaban en grupo y lo arrinconaban en un muro cualquiera.

—¡Venga! ¿Qué haces con esos libros? Con nosotros tendrás dinero, motos y respeto, decían con sonrisas llenas de simulada camaradería.

El niño siempre decía que no. Había visto cómo las sonrisas de sus amigos se transformaban en miradas vacías, cómo el miedo y la violencia se adueñaban de ellos. Sabía que el camino que le ofrecían era un espejismo. Veía las motos brillantes y los relojes caros, pero también los ojos henchidos de desconfianza y el peso de una vida sin propósito ni bienestar.

Santiago entendía algo que muchos de sus compañeros habían olvidado: la educación era el camino sublime que transformaría sus días. Y mientras ellos presumían de riquezas efímeras, él se aferraba a la esperanza de que su trayecto, aunque más largo y dificultoso, lo llevaría a un sitio de verdadera superación.

Había días enteros en que se preguntaba si podría resistir, si el esfuerzo valdría la pena, aun así, cada vez que veía el rostro cansado de su madre al regresar del trabajo, encontraba la respuesta. Y aunque la lucha era difícil de soportar no estaba dispuesto a rendirse.

Una noche, mientras leía un fragmento informativo sobre el calentamiento global, su madre lo interrumpió.

—Lleva las sobras de la cena a Lucerito—le indicó, refiriéndose a la vieja perra que cuidaba la entrada de la casa. El niño obedeció, tomando el plato y saliendo al exterior. El aire estaba cargado de humedad y silencio. Mientras caminaba hacia el refugio de su fiel mascota, escuchó disparos a unas cuerdas de casa.

Al principio, fueron pocos y luego se transformaron en ráfagas, sonidos de metralletas incesantes cuyas balas parecían no tener fin. El ruido lo paralizó por un momento, hasta que vio pasar a pocos metros de distancia una moto que huía a toda velocidad. En ella iban dos hombres encapuchados, delgados y jóvenes como él, parecían adolescentes.

Esa noche fue larga. El sonido de los disparos quedó grabado en su mente, acompañado del rugido de la moto perdiéndose a lo lejos. Al día siguiente, mientras el sol apenas comenzaba a iluminar el barrio, llegó una noticia que conmocionó a la comunidad entera: Jhayco, un vecino de 10 años, había muerto en medio de una riña entre bandas.

El dolor compartido recorrió cada rincón del vecindario. Las familias reconocían en la víctima el rostro de sus propios hijos: había sido un niño alegre antes de involucrarse en el mundo oscuro del narcotráfico. Las madres lloraban, los padres sacudían la cabeza con resignación y algunos intentaban justificar sus acciones.

–Era pobre, no tenía opciones–expresaban.

Al escuchar sus palabras el pequeño sabía que aquello no era cierto. La pobreza no justificaba la violencia ni la deshonestidad. Esa noche, mientras su madre lloraba con la mirada ensimismada en sus pensamientos, el niño reflexionó sobre la vida que quería para sí mismo. Recordó entonces las palabras de sus maestros y los libros que había leído. En medio del silencio cargado de dolor prometió algo.

–No seré como ellos. No acabaré así. La educación será mi única vía de superación–

Desde aquel instante se aferró a sus libros con más fuerza que nunca. Leía sobre matemáticas, historia, ciencias y poesía. Aprendió que el conocimiento era un refugio digno para las almas nobles.

Cuando las dificultades del día a día amenazaban con abatir su ánimo, las palabras contenidas en los textos le recordaban que había un mundo más allá del barrio al cual podía acceder únicamente si se esforzaba y educaba desde la perseverancia.

El apoyo de su madre era devoto, fiel y constante. Cada libro que encontraba entre la basura era un recordatorio de su amor y su fe en él. Una tarde, Rosa regresó a casa con un volumen de poesías de Pablo Neruda que portaba como el máspreciado de los tesoros.

—Esto lo hallé en una caja vieja—dijo, y aunque estaba cansada, sonrió al ver la alegría genuina en el rostro de su niño.

Sus maestros también lo notaron. Don Alfonso, el profesor de literatura, comenzó a prestarle libros de su propia biblioteca.

—Tú tienes algo especial, Santiago. No dejes que este mundo te lo arrebate—

Aquellas palabras resonarían en su mente por siempre, como una promesa fidedigna de lucha consigo mismo. Y a pesar de las tentaciones y las dificultades, continuó mirando hacia adelante. El ruido de las motocicletas y las risas de sus antiguos amigos no lo distraían más. Sabía que la “vida fácil” solo llevaría al sufrimiento de sus seres queridos.

Y cuando veía a su madre regresar con las manos llenas de heridas, pero con una sonrisa por haber encontrado un libro

nuevo, sentía que todo valía la pena. Una tarde, mientras hojeaba un viejo atlas, encontró una frase escrita en la contraportada:

-El verdadero conocimiento es libertad-

Esas palabras fueron su filosofía y principio rector por años. Y así, mientras el sol cobijaba los sueños contenidos del barrio, se prometió a sí mismo que un día escribiría su propia historia, una narración donde el esfuerzo, la resistencia y la esperanza hablarían al unísono, en primera persona, como testimonio de una vida ejemplar.

Los días pasaron y el tiempo, como un río inagotable, llevó al niño por la senda de la madurez. Su amor por los libros, esa pasión que había nacido entre materiales recogidos, lo impulsó a traspasar las puertas de la universidad, convirtiéndose en el primer miembro de su familia en acceder a la Educación Superior.

Años después, llegó el día de su graduación. Ataviado con la toga y el birrete, Santiago se alzaba como un anhelo luminoso para todos aquellos que, como él, habían nacido en el infortunio socioeconómico, más revestido de una ética íntegra y humanista incomparable. Fue condecorado como el mejor graduado de su promoción, un reconocimiento a su voluntad y talento innato.

En el auditorio principal, atestado de miles de personas, se dispuso a dar su discurso final. Sus palabras, cargadas de emoción y virtud, resonaron con la fuerza de una resiliencia

honorable y justa. Habló de mamá y de su amor incondicional. La señaló entre la multitud, una figura humilde, invisible para la mayoría, aunque sublime ante sus ojos.

Rosa, con mirada de sumo orgullo, contempló conmovida su más grandiosa creación. Su discurso fue un canto a la vida y constituyó una lección de profundo humanismo. Recordó que la educación es el arma más poderosa para cambiar el mundo y así romper las cadenas del analfabetismo y la pobreza.

Aquel niño que había crecido entre la basura se había convertido en un hombre de bien para sí mismo y para su sociedad. Su historia, como un capullo que germina en el árido desierto, nos recuerda que incluso en las circunstancias más difíciles, la esperanza puede florecer y proveer frutos extraordinarios.

La mujer que escribía para vivir

Marina despertaba cada día al sonido insistente de su alarma a las seis de la mañana, un ritual que marcaba el comienzo de su interminable jornada como profesora universitaria. A sus 35 años, había alcanzado lo que muchos considerarían un ideal: un puesto fijo en el Departamento de Literatura Comparada de una renombrada universidad española. Era una catedrática reconocida, con una extensa lista de artículos publicados en revistas indexadas y la promesa de

un futuro brillante en el mundo académico. Sin embargo, su vida iba mucho más allá de la fachada de éxito profesional, pues ella llevaba sobre sus hombros una carga que parecía crecer con los años.

Su mayor peso era ser el soporte económico y emocional de sus hijos. La maternidad la había sorprendido y aunque amaba profundamente a sus pequeños, a veces sentía que esa responsabilidad había llegado demasiado pronto, antes de que pudiera cristalizar aquellos sueños que atesoraba en su juventud. Había aceptado un trabajo que, si bien era respetado y admirado por otros, no terminaba de ser de su agrado. Cada mañana, al mirarse en el espejo, recordaba la célebre frase de Steve Jobs:

-Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer? -

Y, como le ocurría al empresario en sus peores momentos, su respuesta también había sido “no” durante muchos días consecutivos. Esa confirmación sacudía su racionalidad con la fuerza de una verdad incómoda. Sabía que algo en su vida necesitaba cambiar; no obstante, reconocía que, por ahora, sus hijos la necesitaban más que sus propios anhelos.

Cada mañana, su rutina era una batalla silenciosa contra el tiempo y el estrés. Preparaba el desayuno, alistaba a los niños y luego los llevaba en el coche a la escuela, de manera mecánica, sin emociones añadidas. Durante el trayecto, sus pensamientos se agolpaban, desafiándola. Se preguntaba si

estaba viviendo su vida o simplemente sobreviviéndola. Al despedirse de ellos con un beso fugaz, se ponía rumbo al trabajo.

En el coche, atrapada en el tráfico matutino, su mente era un campo de batalla entre el agotamiento, las dudas y la resignación. Para cuando llegaba a la oficina, ya se sentía derrotada. Sabía que ese día enfrentaría las mismas tareas administrativas, las mismas reuniones sin alma, el mismo tedio que la acompañaba como una sombra constante.

Sin embargo, mientras estacionaba el coche, siempre se decía a sí misma que lo hacía por ellos, por esos dos pequeños rostros que la miraban con esperanza cada mañana, que dependían de su fortaleza y de sus sacrificios. Esa idea, aunque le pesara, era también su único consuelo. Sabía que no podía permitirse fallarles.

Y pese a que cada jornada le pareciera una prueba extenuante, intuía que, de alguna manera, todo ese esfuerzo la acercaba a la posibilidad de un futuro mejor, para ellos y para sí misma. Recordaba que antes de casarse, escribía mucho, llenaba cuadernos completos con relatos y cuentos que le daban sentido a sus días. Aquel mundo, inocente y pueril, murió con el matrimonio. Tras un divorcio prematuro que dejó cicatrices profundas, tuvo que enfrentar un largo proceso de psicoterapia integral para reconstruirse. Su depresión fue tal que, durante años, dejó de escribir y de leer, ya no encontraba gusto en nada salvo en el silencio y en

permanecer largas horas sentada en la sala, mirando hacia la nada desde la ventana de su casa. Desde allí, observaba un horizonte finito que se desvanecía al caer la tarde, mientras intentaba encontrar respuestas en el sinsentido del mundo. Sentía que le habían robado lo más importante que tenía: su amor propio y no encontraba la manera de restaurarlo.

Con el tiempo, y tras innumerables noches de introspección, logró volver a escribir. Fue una lucha consigo misma, un acto de voluntad que parecía imposible. Obligarse a tomar el bolígrafo, a enfrentarse al vacío de la hoja en blanco, era una guerra interna que la desgarraba. Cuando finalmente lo logró, algo dentro de ella se rompió. Aquella primera palabra que plasmó sobre el papel fue como un destello de luz en medio de su oscuridad existencial.

Marina lloró amargamente, sus lágrimas eran una sacudida emocional que liberaba traumas atrapados en su interior por años. Era su voz restaurada y cada línea trazada era su vida resumida a grandes trazos, su historia contada al mundo.

Cuando releía esas páginas, sentía una mezcla de pena y admiración por esa mujer que todo lo había aguantado y que había callado con suma entereza. Comprendía entonces que el llanto mudo, ese que había reprimido por tanto tiempo, era la peor forma de morir en vida. La escritura no era solo un acto creativo, era un puente hacia su propia alma, una ventana por la que contemplaba su ser asfixiado en la agonía del amor no correspondido.

Gracias a la escritura, se sentía mejor. Cada palabra era una oración, un acto de fe en sí misma. En cada párrafo descubría un hilo revelador que la conectaba con algo más grande, con una voz universal que parecía susurrarle que aún había algo por lo que vivir.

Había encontrado una razón para seguir soñando. Y tal como dijo una vez Gabriel García Márquez, llegó a la conclusión de que la vida, a pesar de sus adversidades y tonos grises, valía la pena de ser vivida. La literatura era su modo de redimirse, y a través de los sueños, escribía su camino hacia la eternidad.

El ritual de escribir se convirtió en un espacio sagrado. Las madrugadas eran su templo, el papel su altar, y las palabras, las ofrendas que entregaba para reconstruirse. En esas horas de silencio, mientras la ciudad dormía, se volvía ella misma: una mujer que buscaba un reencuentro con su voz interior, que no escribía para ser leída, tan solo para ser entendida por su propio corazón. Sabía que no era perfecta, que el camino era largo y que muchas mañanas seguiría enfrentándose a la pregunta incómoda en el espejo. Pero ahora tenía una respuesta:

-Escribo para existir-

Había aprendido que la verdadera lucha no era contra el mundo exterior, sino contra el miedo a ser fiel a sí misma. Y en esa lucha, Marina sabía que ya había comenzado a ganar.

A menudo, frente al espejo, se detenía y contemplaba su reflejo. Las ojeras, las líneas de preocupación, la expresión de cansancio: ninguna de esas imágenes correspondía a la mujer que había soñado ser en su juventud. Nunca había sido una mujer vanidosa; su arreglo personal era austero. No se maquillaba, prefería vestirse de manera cómoda y casual, optando siempre por zapatos deportivos que le permitieran mantenerse activa en su día a día. Cada arruga, cada sombra bajo sus ojos, cada mechón de cabello desordenado era, para ella, marcas de trabajo, dedicación y sacrificio. En ese reflejo veía el fiel testimonio de alguien que vivía por y para sus proyectos, que gestaba algo grande, invisible aún para los demás. Sabía que era mucho más de lo que las personas podían ver en ella: una mujer valiosa y digna por la magnitud de sus sueños.

Cuando tenía dinero, lo invertía en congresos, en ponencias, en artículos y, sobre todo, en viajes. Y aunque amaba viajar, no le interesaban las grandes atracciones ni los hoteles lujosos. Su pasión era perderse entre montañas, caminar entre árboles, explorar el turismo rural y descubrir parajes de naturaleza incógnita. Entre carreteras solitarias, se permitía perderse también en sus pensamientos, aquellos que siempre la acompañaban como un susurro constante, dándole sentido a su existencia.

Aquella mañana, tras revisar las calificaciones de sus estudiantes, abrió el correo electrónico y encontró un

recordatorio del comité de la universidad. La fecha límite para enviar su artículo al próximo congreso estaba cada vez más cerca. El tema no le entusiasmaba: *La evolución del hiperrealismo en la narrativa contemporánea*. Una investigación más para cumplir con los indicadores de productividad académica que parecían definir su vida y su reputación institucional.

Suspiró y, antes de abrir el documento inacabado, se deslizó hacia otra carpeta en su ordenador, una donde guardaba relatos y fragmentos de novelas a medio escribir. Había empezado a llamarla '*El baúl de los sueños frustrados*'.

En ese baúl descansaba '*El jardín de los vientos*', una novela que había comenzado una noche de insomnio y que había crecido como un secreto inconfesable. En ella, Marina había volcado todo lo que sentía sobre el mundo que la rodeaba: el peso de las expectativas, la rutina vacía y la batalla contracorriente de las almas nobles.

Para escribir, debía robarle horas al sueño. Cada noche, después de cenar, se aseguraba de que sus hijos estuvieran listos para dormir. Les leía fábulas universales mientras ellos, poco a poco, cerraban los ojos. Elegía historias llenas de magia y aventura, con la esperanza de inculcarles el amor por la literatura. Cuando finalmente el silencio llenaba la habitación, ella se levantaba con cuidado, preparaba un café cargado y se dirigía al pequeño escritorio donde la esperaba

el ordenador, su inseparable compañero. Allí, bajo la luz tenue de una lámpara, comenzaba su oficio artístico.

El sonido constante del teclado rompía el silencio de la madrugada. En aquellas horas clandestinas, invisibles para el mundo, surgía un alma reverdecida. Dormía menos de lo normal y pasaba el resto del día cansada, agotada, pero satisfecha. Antes de sumergirse en sus textos, siempre miraba a sus hijos dormir, observando sus rostros serenos bajo el albor que se colaba por la ventana. Esa imagen le daba la energía suficiente para continuar y transformar el agotamiento en un sentido de vida. Nadie lo sabía, pero aquellas madrugadas eran una rutina loable por excelencia. Entre la oscuridad y el murmullo de sus pensamientos mañaneros, alcanza plenitud y eso le bastaba para ser feliz. El reloj marcó las diez de la mañana, entonces apagó el ordenador, dejó su escritorio impecable y se dirigió al aula donde impartiría una conferencia sobre Cervantes.

Mientras hablaba de las contradicciones del Quijote, no pudo evitar sentirse reflejada en el caballero andante. También ella peleaba contra molinos de viento, aunque los suyos tenían forma de evaluaciones académicas y comités de investigación.

Por la tarde, de regreso en su pequeño apartamento, se sentó frente a la ventana con una taza de café. Leyó un fragmento de *'El jardín de los vientos'* y se perdió en sus propias palabras. Cuando escribía, sentía que volvía a ser

ella misma, que recuperaba esa chispa que la había llevado a amar la literatura desde siempre.

Recientemente la habían nombrado directora de un departamento académico-administrativo en la universidad, un ascenso que para muchos era motivo de celebración; no obstante, para ella representaba un estancamiento mental. No sabía si las autoridades universitarias la habían elegido por estima o para terminar de matarla en vida.

Las mil y una actividades administrativas devoraban el valioso tiempo que podría haber dedicado a escribir y su productividad literaria disminuyó significativamente, justo al tiempo que los logros administrativos de la universidad iban en crecimiento. Sentía que succionaban la savia de su vida, absorbiendo su intelecto mientras ella se hundía en un círculo vicioso de reuniones y formularios. El ambiente que la rodeaba no era inspirador. La ciudad, antaño tranquila y con cierto encanto bohemio, se había vuelto asfixiantemente mercantilista. La gran atracción local era un flamante centro comercial que monopolizaba las conversaciones en cafés y reuniones.

En los círculos sociales, se hablaba más de las nuevas marcas de coches, las casas de lujo adquiridas o los restaurantes de moda, que de filosofía, letras o cultura. Las redes sociales, con su exaltación de la banalidad, la superficialidad y la

imagen, emulaban una cultura donde lo visual dominaba por completo, relegando los asuntos del alma al olvido.

En aquel mundo, lo que realmente importaba, lo profundo y lo auténtico, no parecía tener cabida. Las nuevas amistades que la rodeaban tampoco eran un alivio. A su alrededor encontraba mujeres superficiales que solo parecían interesarse en hablar de maquillaje, cirugías, trajes de diseñadores y fiestas.

Marina, que había pasado su juventud soñando con superarse a través del esfuerzo y la escritura, encontraba insoportable esas conversaciones triviales. En esos círculos, no se discutían libros, ni se debatían ideas o problemas existenciales; era un desierto intelectual que la hacía sentir más sola que nunca.

A pesar de todo, las madrugadas seguían siendo su refugio, el lugar donde volvía a respirar. Entre el silencio de la casa y el ruido constante del teclado del ordenador, escribía de forma incesante. Allí, en la oscuridad y con los niños dormidos en la habitación contigua, encontraba un rincón de libertad, era lo único que la mantenía realmente viva.

En esas noches clandestinas, se reconectaba con la esencia de lo que era: una escritora en busca de su voz, una mujer que luchaba por mantener intactos sus sueños en un mundo que parecía empeñado en sofocarlos. En medio de esa lectura, un correo llamó su atención. Era un anuncio de un certamen literario. Al leerle, sintió un estremecimiento

semejante al amor, quizás una ilusión. Recordó las palabras de su abuela:

"Escribe como si tu propia vida dependiera de ello." Sin pensarlo dos veces, comenzó a teclear. En ese momento, su relato nació sin restricciones, sin el peso de las normas académicas.

La historia que envió al certamen hablaba de una mujer atrapada entre dos mundos, como un pájaro que aspira volar, pero no sabe si podrá soportar la libertad absoluta. Aquel texto constituía su propio relato de vida, un acto de rebeldía contra el sistema que la había engullido. Cuando terminó al fin de escribir, sintió que había recuperado algo que creía perdido. Pasaron los meses y un buen día llegó la noticia de que su relato había sido finalista, en ese preciso instante sollozó lágrimas de resiliencia y renovación. Por primera vez en años, sintió que había vuelto a encontrarse con la escritora que siempre soñó ser.

Al acostarse supo que el camino no sería fácil, tendría que seguir publicando artículos para mantener su plaza, aunque también sabía que el baúl de los sueños frustrados ya no sería un cofre arrinconado. Había abierto una puerta, y esta vez, no pensaba cerrarla. Había apostado contracorriente al mundo de la literatura, no como un pasatiempo, quizás como un salvavidas que la mantenía a flote en un mundo de apariencias y falsedades.

Y es que, a través de la literatura, se sentía única, libre, feliz. En cada narración, encontraba un pedazo de sí misma que creía perdido. Y eso quería para sus hijos: que eligieran el camino de su autorrealización, más allá de las expectativas del mundo, les enseñaría que a quien se deben es a ellos mismos y a sus ideales, porque solo así podrían encontrar su propio '*jardín de los vientos*'.

Advirtió al fin que la literatura se erigía como su refugio vital, puesto que, en cada palabra, encontraba la chispa de lo eterno, confirmándole, una vez más, que su espíritu seguía despierto, danzando entre las sombras y las luces de su joven existencia. Cada pensamiento que escribía era una especie de teja que incorporaba en su puente hacia la plenitud, un espacio simbólico donde los anhelos podían germinar si se cultivaban con dedicación y paciencia. Entendía ahora que aferrarse a los sueños era el acto más valiente y necesario de todos. Y en esa lucha íntima, descubrió que el mundo, a pesar de sus grietas, podía ser un lugar hermoso para vivir, siempre y cuando, uno tuviera el coraje de imaginarlo y construirlo así.

La mujer que soñaba con despertarse

El desmayo le sobrevino al salir del ascensor, como si el alma, exhausta de fingir fortaleza, hubiera decidido soltarse del cuerpo. Fue un segundo suspendido en la eternidad, un quiebre sutil donde el tiempo se agrietó. Su universo, tejido con hilos de urgencia, citas selladas en tinta apremiante y memorandos que no dejaban espacio a la reflexión, colapsó en un susurro. Elena cayó sin estruendo, semejante a una hoja que, ante el cortejo del viento, se entregaba por fin a la tierra. Quedó tendida sobre el mármol pulido, a los pies de sus zapatos de charol, aún relucientes, testigos mudos de una mujer que llevaba años caminando sin detenerse, con dirección, sí, pero sin destino.

La hallaron minutos después, con el rostro pálido y el alma extraviada. Sus colegas, perplejos, atribuyeron el colapso al cansancio, al estrés acumulado en los rincones intangibles del cuerpo, aunque ninguno supo mirar más allá de lo visible. Nadie pensó en su espíritu, ese ser sublime que llevaba años clamando desde el silencio. Porque durante demasiado tiempo, había sostenido sobre sus hombros el andamiaje invisible de una institución entera. Su nombre abría puertas de prestigio, su firma rubricaba el orden, su voz templaba tormentas en los pasillos del poder. Era, para todos, una persona imbatible. Sin embargo, tras esa fachada impecable, vivía una exiliada de sí misma: la que ya no escribía, la que se contemplaba de reojo en los cristales de

los despachos, sin lograr abrazar la imagen que le devolvía el reflejo. Una mujer que había aprendido a brillar sin encenderse.

Alguna vez soñó con ser escritora. Quería habitar el lenguaje con reverencia, con sentido, de modo trascendente. Imaginaba libros que fueran bálsamos, cuentos que respiraran humanidad.

No obstante, el destino la empujó hacia corredores donde los sueños se archivan y la poesía se posterga. Se convirtió en académica, orfebre de discursos pulcros, guardiana de un sistema heredado. Y con cada meta alcanzada, fue sepultando a aquella niña luminosa que escribía en los márgenes de sus cuadernos, convencida de que la belleza podía salvar el mundo.

Aquel desmayo no fue un fallo del cuerpo, sino una súplica del alma. No fue colapso, tan solo un susurro urgente, una forma delicada, y a la vez radical, de decir basta. Su cuerpo, ese testigo silente que llevaba años soportando lo que su espíritu ya no podía, optó por apagar el interruptor antes de que la maquinaria se quebrara sin remedio.

En el hospital, mientras los médicos auscultaban sus signos vitales, Elena despertó, más no para el mundo, lo hizo a sí misma. Y en ese primer parpadeo vino a su mente una frase poderosa:

-Si olvidas quién eres, el alma vendrá a recordártelo, aunque tenga que arder para hacerlo-

Supo, con la certeza de lo irrefutable, que el incendio había comenzado.

Pasaron los días. Regresó a casa, pero algo en ella ya no encajaba con los viejos moldes. Intentó reajustarse al engranaje de siempre, callar la voz que le hablaba desde dentro con claridad, silenciar esas quimeras que la visitaban cada noche con rostros de papel y tinta. Era un oficio en vano. Cuando el alma despierta, ya no admite clausuras.

Comprendió que solo le quedaba una salida: la fidelidad radical a su esencia, la valentía de vivir su única vida desde el ejercicio honesto de su vocación. ¿Sería capaz de soltarlo todo?

¿De abandonar la seguridad disfrazada de reputación para empezar desde cero, con las manos vacías y el alma encendida? No tenía respuestas aún. Se sintió desgarrada, porque comprendía que la vida real no se parecía a los cuentos: no había certezas, ni finales gloriosos, solo el tránsito imperfecto entre elecciones y renunciaciones, con más sombras que epifanías. Sin embargo, cada vez que alguien, con preocupación o curiosidad, le preguntaba qué le había sucedido aquella mañana, Elena sonreía levemente, con una ternura que venía desde su ser más indómito y respondía:

—Me desmayé intentando despertar—

Y tal vez, por fin, lo estaba logrando.

La nobleza del oficio

Amanecía lento en Colmenar de Oreja. El campo abierto ventilaba una atmósfera nostálgica, como la bruma que se aferraba aún al lomo de las viñas, temerosa de que el sol la disipara con su mirada ardiente. Entre hileras de sarmientos dormidos, se encontraba el viejo Sebastián, con un bastón de olivo y la gorra calada hasta la altura de los ojos. Lo acompañaba su nieto Elías, un muchacho de once años con los ojos repletos de asombro. Ese día era especial pues le explicarían al fin el arte de hacer el buen vino. El anciano con voz grave comenzó la lección:

–Hacer vino es hablar con la tierra en el idioma del tiempo. Y para hablarlo, hay que saber escucharlo desde su raíz. Primero se necesita la poda. En invierno, cuando la cepa duerme, hay que cortarla con mano firme y alma sabia. No se trata de mutilar, más bien de guiar. Solo la rama que ha sido podada con amor sabrá dar buen fruto. –

–Después viene la brotación, cuando los sarmientos despiertan ante la tibia caricia de la primavera. Allí se emprende la vigilancia atenta del viñador, centinela supremo de la vida silvestre. –

Hizo una pausa y miró al niño, expectante a las enseñanzas de su abuelo.

–En verano, la vid se entrega al sol. Y tú debes cuidarla del exceso, de los hongos, de la codicia del clima. Porque la uva es frágil y quien la ama debe protegerla sin sofocarla. Luego,

vendrá la vendimia, en el justo punto de madurez. Se recomienda alcanzar un equilibrio integral entre azúcar y acidez. Se corta a mano, racimo por racimo. –

–Y en seguida, ¿la uva se pisa? –preguntó el joven.

–No siempre. Pero cuando se lo practica, se pisa con los pies descalzos y un espíritu honorable, pues constituye el primer acto de entrega de la humanidad. Allí, el mosto empieza a revelarse. Lo llevamos entonces a los depósitos de fermentación, donde lo dejamos reposar con sus levaduras, esas criaturas diminutas que transforman el azúcar en alcohol. –

–Se agita, se observa, se huele. Hay que saber cuándo detenerlo. La fermentación es una danza maestra acompañada de los cinco sentidos. –

El abuelo tomó un cuaderno viejo con apuntes a mano alzada y se lo mostró.

–A continuación, viene el prensado, para separar el líquido del hollejo, del escobajo. Es parecido a apartar el recuerdo de la herida.

El vino joven lo recogemos en barricas de roble, donde no solo envejece, también madura en una soledad noble y silente, arropado por la penumbra integral, escuchando únicamente el rumor de su propia transformación. La madera le entrega cuerpo y moldea su carácter.

–¿Y cuándo se embotella? –inquirió su nieto.

—Cuando está listo para enfrentarse al mundo. Hay que filtrarlo, clarificarlo, probarlo con suma concentración. Posterior a ello lo embotellamos con dosis fervorosas de esperanza y convicción, lo cerramos con corcho natural y le colocamos una etiqueta a modo de testamento y es que el vino es un fiel testigo de nuestra vida. Guarda las huellas del clima, la pasión del que lo creó, la substancia de la tierra que lo alimentó y la quietud del que supo esperar pacientemente—

Sebastián se acercó al niño, le puso la mano sobre el hombro, y concluyó:

—Elaborar un buen vino es un arte ancestral, más cercano al silencio que al saber, que requiere del hacedor humildad ontológica: el reconocimiento profundo de que somos tránsito, no centro. Porque el vino no se entrega a quien lo apura, sino a quien lo honra. Y solamente cuando tu alma escuche y acompañe el vino te hablará. Y ese susurro será la señal de que ya formas parte de un linaje sin tiempo, donde la historia del hombre se funde con la paciencia de la tierra y la eternidad de un oficio que da sentido a tus días—

Desde que tenía uso de razón, el joven había sentido que su destino estaba escrito entre barricas y lagares, en los dedos curtidos de su abuelo, en las paredes perfumadas de la bodega, en la voz pausada con la que los adultos solían hablar del arte de hacer vino, semejante a una forma tácita de orar.

Era el único nieto de su generación. El elegido, solían decirle, quien debía heredar aquel conocimiento ancestral, el que llevaría el apellido Peral a modo de un relicario antiguo que se honra y se admira. No obstante, se sentía pequeño, no solo de estatura, acaso de espíritu. Cuando intentaba injertar una cepa, sus manos torpes lastimaban el brote. Cuando medía la densidad del mosto, derramaba la mitad. Y en la vendimia, no sabía distinguir la uva que canta de la que calla.

—Soy un inútil —comentó una noche mientras el abuelo limpiaba las botas de roble.

—Elías, ¿sabes cuándo la uva se convierte en vino? —preguntó el abuelo, mientras su mirada se perdía entre los surcos del campo.

El niño negó con la cabeza.

—Cuando ha vivido el sol, sentido la tierra, bebido la lluvia y luego acepta romperse, solo así su alma se libera. El vino no es fruto, es renuncia, es un acto de entrega. Igual que nosotros: venimos a este mundo para aprender a vaciarnos de orgullo, a confiar en lo invisible y a transmutar en algo que aún no somos. Ten fe, hijo mío. Todo llega a quien sabe esperar sin miedo. El vino hablará dentro de ti y entonces sabrás que ya eres parte del milagro—

El muchacho soñaba con ser digno del legado, el mejor de todos, el que honrara con perfección el arte heredado. Por eso, al regresar de la escuela, se encerraba cada tarde a

practicar, entre barricadas y herramientas, como si el mundo entero dependiera de su empeño.

Pese a ello, el miedo no se disolvía solo con su voluntad, persistía la duda instalada en el pecho y que crecía con cada error. Una noche, tras romper sin querer una cuchilla antigua de injerto que había pertenecido al bisabuelo, algo se quebró también dentro de él. Corrió hasta el pajar y, entre el heno y la penumbra, se echó a llorar. Su llanto era hecho de culpa, de esa angustia muda de quien ama algo, pero no se siente a la altura.

Lloraba por la idea de no ser suficiente, por imaginar que tal vez ese legado no era para él. El abuelo lo encontró allí, hecho un ovillo de frustración, con la cara hundida entre las rodillas. Al observarlo el chico exclamó:

—No quiero fallarte abuelo. No quiero ensuciar tu legado. No soy tú y no sé si algún día podré cumplir lo que esperas de mí—

Sebastián lo miró con ternura honda y pronunció:

—Yo te he confiado este oficio por lo que eres, aunque aún no lo sepas. Porque en el fondo de tu miedo late una forma de amor y donde hay amor yace la semilla de la vida, aquella que siempre encuentra cómo abrirse paso. No te pido que seas perfecto, solo aprende a escuchar lo que no se dice: la voz callada de la tierra, el susurro lento del vino y esa brasa interior que arde cuando te reconoces. Porque quien ama

con humildad ya no repite un linaje: lo vivifica durante el resto de su existencia—

Así pasaron los meses y el abuelo, finalmente, partiría de este mundo un día de agosto, justo antes de que la siguiente vendimia diera comienzo.

La tierra, generosa y fiel, parecía guardar un luto simbólico: las uvas maduraban con solemnidad, como si supieran que su hacedor ya no volvería a caminar entre ellas. Era su forma de rendir homenaje a una vida entera dedicada al cultivo manso y entrañable de la vid. Su nieto, con el pecho aún conmovido, pidió ser él quien encabezara la recogida.

—Mi abuelo solía decir que el vino no se hace con prisa —les dijo a los jornaleros—Este año lo elaboraremos con respeto profundo, en silencio sagrado, escuchando la voluntad insigne de la uva—

Aquel fue el primer vino que llevó su nombre. No era perfecto, más guardaba algo que nadie podía negar: autenticidad. Y eso, comprendió el joven, era lo único que realmente importaba. Porque, así como el vino nace de una herida dulce y honda, el alma se transfigura cuando el dolor devela en la ternura su propósito afincado. Reconoció que hay cosas que no se aprenden, pues el conocimiento más revelador brota del ser resiliente.

Elías intuyó que el vino, como la vida misma, convierte el dolor en sabiduría y vislumbró que para honrar el legado del abuelo debía construir su propio andar con responsabilidad

y con el firme compromiso de cuidar la tierra con respeto y amor verdadero. Su vocación lo llamaba a vivir el oficio con un ejercicio de lealtad consigo mismo y de diálogo significativo con aquello que no se ve, pero permanece. Su verdadero linaje lo construiría cada día, con gestos humildes y con la fidelidad de quien trabaja no para sí, sino para algo que lo trasciende.

La sierra que nos enseñó a vivir

El tren resoplaba con la fatiga de los años contenidos mientras se adentraba en el corazón profundo de la sierra ancestral. Sus vagones, semejantes a los lomos articulados de un animal de hierro milenario, se deslizaban lentamente entre encinas y alcornoques, bordeando los pliegues de la tierra con la sabiduría de quien conoce todos sus caminos. Era otoño y la niebla alrededor aparentaba un suspiro contenido entre los castaños y el cielo nocturno que parecía proteger los secretos del monte crepuscular.

Dolores contemplaba el paisaje con la mirada anclada en un tiempo que ya no le pertenecía. Sus pensamientos la sumergían en un espacio suspendido, como si el tren no avanzara sobre raíles sino sobre la cuerda invisible de la memoria. A su lado, su nieto Santiago fingía dormir, pero bajo sus párpados quietos, el mundo fluía en silencio y él lo observaba con la solemnidad de quien ha aprendido demasiado pronto a callar. Era un niño de pocas palabras y

muchas ausencias, marcado por una orfandad reciente que le había arrancado la infancia soñada. En su sufrimiento precoz, intuía una certeza irrefutable: que la vida no era más que un compás de llegadas breves y despedidas eternas.

–Mira hijo –murmuró la abuela. Allí es donde el campo nos espera–

Santiago asintió con un leve gesto. En la hondura de sus pupilas cabía todo el asombro del mundo, ese asombro introvertido que solo conocen los niños heridos por la pérdida. A lo lejos, Aracena emergía entre la bruma con sus tejados rojizos abrazando los siglos y su castillo en lo alto, erguido con la nobleza de quien guarda no solo rocas naturales, también cobija los sueños de los vivos y la memoria de los que ya no están. Más allá, los Picos de Aroche se desplegaban de modo extenso, equivalente a un manto silente que la naturaleza funda como una obra maestra para quien la admira con consciencia absoluta.

Al llegar a la estación, Dolores descendió del tren con la cadencia pausada de quien lleva consigo el peso de los infortunios y las adversidades. La Sierra la saludó con un lenguaje antiguo, hecho de aromas que despertaban recuerdos adormecidos: la jara en flor, el hinojo punzante abriendo el pecho, la leña húmeda y el perfume ancestral del jamón curándose lento, como se curan las heridas del alma. Aquel lugar tenía la textura de lo eterno, y al mismo tiempo, la caricia de lo íntimo y verdadero. La casa, encalada y

serena, se alzaba entre las dehesas con la discreción de lo solemne. No era más que un refugio llano; sin embargo, en su quietud latía una dignidad heredada. Desde el umbral se abría un horizonte ondulado de colinas que ofrecían abrigo a la esencia del campillo y una ternura taciturna que lo envolvía todo.

Al anochecer, el ulular del búho engalanaba el sigilo con coplas viejas mientras el murmullo del agua en los barrancos tejía, con voz cristalina, los relatos intangibles del paisaje rural, donde cada rincón parecía custodiar una historia imperecedera, más presente que nunca. Entre acebuches y estrellas, comenzó la educación de Santiago. Cada tarde, emprendían en familia su trayecto habitual hacia la Peña de Arias Montano. En aquellas caminatas, Dolores le contaba que el mundo del campo forjaba espíritus íntegros, pues allí se aprendía a escuchar la melodía resiliente de la madre naturaleza.

En esa sierra que no exigía nada a cambio y, sin embargo, lo entregaba todo, la mujer se convirtió en guardiana insigne del campo abierto. No aspiraba a más. Su dicha consistía en contemplar a Santiago correr ligero entre los madroños, con los labios teñidos del rojo salvaje del fruto y los ojos despojados de las sombras que la ciudad les había dejado. Primero, la muerte se llevó a su hija, luego, el yerno los arrojó a la calle, como si fueran un estorbo sin nombre. La abuela, con los pocos ahorros que almacenaba emprendió junto al

pequeño un viaje sin retorno. No hubo despedidas. Nadie los echaría de menos. No obstante, aquellos que se quedaron atrás se perdían de algo sublime: una comunión con natura invisible a los ojos del mundo, pero genuina para quienes saben mirar con el corazón. En uno de esos días que no se olvidan, mientras la luz se desdibujaba gradualmente sobre los montes, la mujer se detuvo en la cima de un cerro cercano a Alájar. El sol derramaba un fulgor dorado que bendecía los frutos del agro entero. En ese instante supo que siempre había pertenecido allí. Era hija del pueblo, y regresó, al borde de su tiempo ya extinto, al abrazo sereno de la madre naturaleza. La Sierra de Aracena tenía el don misterioso de curar las grietas del ánimo. Y justo en ese territorio, sin buscarlo, ella encontraría su última morada. Aquel horizonte, hecho de cielo bajo, de piedra callada y de amor profundo, fue el único lugar que pudo llamar hogar eterno. Por su parte, los habitantes de la sierra los acogieron con un afecto de hermandad recíproca, con esa gran misericordia que solo brota de los corazones curtidos a fuerza de trabajar con honestidad. Entre aquellas gentes humildes y sabias, se sintieron profundamente afortunados, tocados por una hospitalidad generosa y desinteresada. Nunca les faltó un plato caliente en la mesa ni una palabra que confortara su ser en las noches más frías. El destino, con sus paradojas y senderos inesperados, los había conducido hasta aquel lugar por alguna razón. Y ellos procuraban ser

dignos discípulos de las lecciones que la Sierra de Aracena les ofrecía de forma ejemplar. Con el paso de los años, abuela y nieto comprendieron que la existencia halla su sentido en la integridad con que se vive, en el respeto con que se honra la tierra y en la mirada pura que sabe descubrir, en lo sencillo, la verdadera grandeza del alma.

La tejedora de horizontes

Dicen que, en algún rincón del mundo, allí donde los mapas pierden sus bordes, nació una mujer llamada Sofía, quien siempre había soñado con ser escritora. No de esas de ratos libres, de domingos lluviosos o de nostalgias improvisadas. Ella anhelaba serlo de cuerpo entero, de pluma insurgente y de alma desbordada. Creía que la realidad era dócil, moldeable como barro entre las manos del deseo. Creía que bastaba con soñar para que los caminos se abrieran al paso de la fe. No obstante, las circunstancias fueron cambiando el rumbo de sus pasos.

Primero llegó Santiago, el niño de ojos de otoño, trayendo consigo una ternura que arrasó toda frontera. Después vino Martín, sublime alquimista de risas y desvelos. Y la mujer de cuadernos ávidos y madrugadas sin dueño, empezó a desterrar el idioma de sus propios sueños. No fue un abandono abrupto, tan solo un lento deshojarse, un ceder imperceptible, hasta que un día se descubrió en la

intemperie de su antiguo anhelo, sosteniendo la vida con las manos, dejando caer la pluma al amparo de la añoranza.

Los hilos que antes eran solo suyos empezaron a entrelazarse con hilos nuevos, urgentes, desordenados. Y su telar, que antes tejía vastos sueños de papel y de tinta, se enredaron con pañales, canciones de cuna, cicatrices en noches de fiebre, gestos maternos que consolaban bajo el peso del cansancio.

Hubo un tiempo en que creyó haber perdido su don, que los hilos se habían roto y que su existencia era apenas un retazo informe de intentos y renunciaciones. Lloró lágrimas de impotencia muda y estuvo a un solo paso de olvidar que alguna vez soñó con tejer. Se dijo entonces que tal vez había sido una locura, una arrogancia infantil pretender abrazar el mundo con palabras.

Se dijo que la maternidad había lavado la tinta de sus dedos y que había que aprender a conformarse. Sin embargo, en las honduras secretas del ser, algo aún vibraba.

Una noche, cuando los niños dormían sintió que el viento le susurró al oído una antigua canción: "los hilos verdaderos no se rompen, se transforman". Y reconoció así que sus sueños no habían muerto, habían transmutado. La vida le había cambiado las alas por raíces, pero ¿acaso no vuela también el árbol cuando canta en el viento? Advirtió que ahora su telar tejía en un lenguaje distinto, bajo una luz más humana, que cada palabra que no pudo escribir se había bordado en

la piel de quienes amaba y que cada renuncia contenía una semilla esperando su tiempo para florecer.

Fue así que se armó de valor y frente a su telar tomó los hilos que había creído perdidos. A solas, volvió a escribir para sentir que era ella, la tejedora de horizontes. Y su tapiz, aunque imperfecto, brillaba con una luz que ningún olvido podría apagar: la flama de quien se atrevió a ser fiel al llamado de su vocación. Allí, en el corazón del tejido, latía todavía la niña que soñaba, pues sabía que el arte más digno era resignificar, de modo resiliente, los sueños que nos veían renacer.

Intuyó que escribir no era aislarse en torres de papel, sino atrapar las pequeñas epifanías de cada día: la fiebre calmada con canciones de cuna, la risa que estalla sin motivo, los pasos diminutos que buscan el regazo materno, porque ser escritora no era conquistar el mundo, era ser leal consigo misma. La niña de la azotea había aprendido que el viento podía cambiar de nombre, más nunca de esencia. Y así, en la orfebrería ulterior de sus días, volvió a escribir como el destino le había enseñado: con manos heridas e infinitamente sabias.

Luces en el rincón

La lluvia caía con un lamento sordo sobre los tejados de Barcelona, resbalando por las cornisas antiguas como si la ciudad entera llorara en silencio. Para María, cada gota era un eco lejano, un latido impávido que le recordaba que, aunque había llegado al otro lado del mundo, el sufrimiento aún la perseguía. Apretó el abrigo contra su pecho, no por el frío, sino por la necesidad de sostenerse, de mantenerse entera mientras su universo seguía desmoronándose desde adentro.

Había llegado desde África meses atrás, cruzando kilómetros infinitos con sus dos hijos y su hermana. No había mapas suficientes para trazar su viaje, ni palabras que pudieran contener el horror de aquella odisea. Partieron cuando el mundo se tornó inhabitable, cuando la violencia dejó de golpear la puerta y empezó a vivir dentro de su casa. La guerra no se anunciaba con sirenas, llegaba en la mirada perdida de los hombres armados, en los cuerpos rotos por el camino, en las súplicas ahogadas que nadie escuchaba.

La noche en que decidieron huir estaba marcada en su memoria con una cruel nitidez. Recordaba el olor del fuego, las sombras de las llamas devorando las casas, los gritos lejanos de mujeres y niños, las súplicas convertidas en cenizas. Cargó a sus hijos en brazos mientras su hermana empujaba una pequeña mochila con las pocas pertenencias

que lograron salvar. No hubo despedidas. Solo un vacío inmenso, un adiós a todo lo que conocían.

El camino fue un suplicio eterno. Atravesaron desiertos que ardían bajo el sol implacable durante el día y se volvían helados en la noche. María se aferraba a sus hijos, sintiendo cómo sus pequeños cuerpos se debilitaban poco a poco, sin agua suficiente, sin alimento más que los escasos trozos de pan duro que lograban compartir. El dolor de verlos sufrir era peor que cualquier herida física. Cada movimiento que daban sobre la arena ardiente era un sacrificio que parecía no tener fin. Y por las noches, mientras sus hijos dormían con lágrimas secas en las mejillas, la mujer se deshacía en sollozos ahogados, pidiendo a Dios perdón por haberlos traído a este mundo solo para conocer el horror.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

La travesía por el mar fue el infierno definitivo. Les prometieron seguridad; no obstante, los traficantes solo veían en ellos cuerpos apilables. Subieron a una embarcación frágil, sobrecargada, con madera carcomida que se quejaba con cada ola. El mar no era azul ni hermoso, era un monstruo oscuro que devoraba vidas sin piedad. Y ese escenario devastador, las horas se convirtieron en días. Gente a su alrededor lloraba, rezaba, gritaba. Algunos murieron en el trayecto y fueron arrojados al agua sin ceremonias, desapareciendo bajo la superficie como si nunca hubieran existido. María sujetaba a sus hijos con una

fuerza sobrehumana. Sus dedos temblaban de frío y miedo, aun así, no los soltó ni un segundo. Recordaba una tormenta que casi los tragó. Olas gigantes golpeaban el barco, la gente gritaba, los niños lloraban y ella solo podía pensar en no dejarlos ir. Era una lucha férrea entre la muerte y su voluntad, y esa noche creyó que perdería. No obstante, milagrosamente llegó el amanecer. Y al fin, cuando tocaron tierra en Europa, ya no eran las mismas personas. Habían dejado atrás parte de su esencia en cada tramo del camino. Llegar a Cataluña no era el epílogo de su historia; al contrario, fue el inicio de otra batalla llamada supervivencia. Si bien la ciudad era hermosa, desbordante en arte y cultura, para ella representaba un laberinto de indiferencia. Las miradas ajenas se deslizaban como si fuera un espectro, algo invisible para los demás, una especie de sombra vedada al rango visual de aquello que la sociedad se permitían observar.

Consiguió trabajos precarios, limpiando casas y edificios donde nadie la saludaba, donde las puertas se cerraban rápidamente tras su paso. Sus manos, ya ásperas por el viaje, se agrietaron aún más por los productos químicos y el trabajo severo. Sin embargo, ella nunca se quejaba. Cada moneda que ganaba era para sus hijos. Los veía crecer rápido, demasiado rápido. Sus miradas eran serias, maduras para su edad, como si comprendieran más de lo que

deberían. Eso era lo que más punzaba su corazón: que la infancia les había sido arrebatada.

Por las noches, las pesadillas la atacaban sin piedad. Soñaba con el mar tragándose los, con las voces de los muertos llamándola desde las profundidades. Se despertaba empapada en sudor, con el alma desbocada y entonces se apresuraba a buscar a sus hijos, quienes permanecían dormidos en los estrechos colchones del exiguo piso que compartían.

A veces se preguntaba si todo valía la pena. ¿Había hecho bien al someterlos a tanto dolor? De pronto, los veía sonreír y solo así encontraba la fuerza necesaria para seguir adelante, a pesar de las mil y un adversidades que se vaticinaban en su día a día. Uno de los eventos más significativos llegó poco después de haberse instalado en Barcelona. Era el primer día de escuela de sus hijos. Desde el momento en que se enteró de que podrían asistir a una escuela pública, sintió que una chispa de esperanza se encendía en su interior.

Sabía –claro que sabía– que la educación sería la única llave posible para vencer la pobreza, la injusticia y la desigualdad. Era el mayor regalo que podía darles.

Esa mañana se levantó temprano, preparó con esmero los escasos bocadillos y arregló las mochilas que su patrona, una generosa mujer jubilada, le había obsequiado. Sus hijos se colocaron las mochilas sobre sus espaldas pequeñas con

una mezcla de emoción y nerviosismo. María los observaba en silencio, con el pecho apretado, mientras trataba de memorizar cada detalle: las correas colgando, los zapatos que aún les quedaban un poco grandes, las sonrisas tímidas en sus rostros.

Quiso tener el privilegio de llevarlos ella misma a la escuela. Sostuvo sus manos con firmeza durante todo el trayecto, guiándolos por las calles de Barcelona, mientras sus corazones latían al compás de sus pasos diminutos. Si bien era un día cualquiera para muchos, para ella esa fecha era sagrada. Cuando llegaron frente al imponente edificio escolar, con su gran puerta abierta y el bullicio de niños corriendo por el patio, experimentó un nudo enternecedor que se formaba en su garganta.

Se agachó frente a ellos, alisándoles el cabello y dándoles un abrazo largo, profundo, como si quisiera retenerlos unos segundos más antes de soltarlos al mundo. “Aprendan todo lo que puedan niños”, susurró con la voz quebrada. “La educación es lo único que nos salvará”.

Los vio alejarse hacia la vasta puerta de la sabiduría, como la imaginaba en su mente. Sus pequeñas figuras se perdieron entre la multitud de niños. Ella se quedó allí, inmóvil, con las lágrimas rodando por sus mejillas, cálido líquido que la reconfortaba en esa mañana de invierno. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que hacía lo correcto. No solo por ellos, sino por sí misma y por la vida. En ese instante

comprendió que la educación era el verdadero pasaporte hacia la libertad, hacia la dignidad humana.

Cada día, al amanecer, solía tomar el metro con destino al trabajo. Allí, había algo que siempre le llamaba la atención: los libros. Veía a las personas sentadas, completamente absortas en la lectura, con los ojos clavados en las páginas como si el mundo real dejara de existir alrededor. Sujetaban los libros con sumo cuidado, pasando las páginas con una ternura que le parecía fascinante.

La mujer los observaba desde su asiento o de pie, agarrada a las frías barras metálicas del vagón. Se preguntaba qué tanto leerían. ¿Qué historias mágicas estarían ocultas en aquellos textos? ¿Serían cuentos de aventuras, relatos de amor, fábulas de mundos que ni siquiera podía imaginar? Lo que más le intrigaba era saber qué se sentía leer. Nunca lo había hecho. No conocía el alfabeto. Las letras, para ella, eran jeroglíficos indescifrables, puertas cerradas que solo otros sabían decodificar.

Ese pensamiento la inundaba de vergüenza. Era como si llevara un peso invisible, una marca de inferioridad que nadie podía ver, pese a que lo sentía con cada fibra de su ser. Se sentía expuesta, desnuda, como si todos supieran su secreto y la juzgaran por ello. Bajaba la mirada, apretando los labios, temiendo que sus ojos revelaran su falta de educación. El mundo era cruel con quienes no se ajustaban

a sus normas y ella ya cargaba demasiadas cicatrices como para añadir otra más.

Fue en uno de esos días grises cuando descubrió la diada de Sant Jordi. Salió del trabajo y, al doblar una esquina, se encontró con una ciudad transformada. Calles colmadas de flores, libros y risas por doquier. Barcelona, en un evento único, se vestía de colores y de cultura ilustrada. Sus hijos tiraron de su mano, fascinados por los puestos de los libreros apostados en las calles, por los cuentos que se leían en voz alta. Los llevó a las carpas repletas de libros y sus corazones infantiles latían al unísono con la ciudad.

María se detuvo en un rincón, lejos de todos, como siempre lo hacía. Observó desde la distancia cómo la gente intercambiaba rosas y libros, cómo los niños jugaban sin miedo. Algo dentro de ella se quebró. No era tristeza, era una especie de ilusión que germinaba desde sus adentros. Por un día, el mundo parecía posible. Por un día, la gente parecía recordar que todos compartían algo más profundo que el idioma o el color de piel: la humanidad.

Con los escasos ahorros que había logrado reunir, se dirigió a un puesto abarrotado de libros y rosas. Tras unos minutos de duda, sus manos temblorosas escogieron un libro infantil bellamente ilustrado, con colores vivos que parecían dilatarse bajo la luz de la tarde. La tapa, dura y resistente, protegía páginas llenas de dibujos mágicos y letras grandiosas, redondeadas, que danzaban sobre el papel

como invitando a soñar. Cada ilustración era una ventana directa a mundos lejanos, con dragones valientes, castillos flotantes y magnos héroes capaces de hazañas imposibles. No lo compró solo para sus hijos, aun cuando su corazón latía por ellos, lo hizo también por sí misma, por esa niña olvidada en su interior que nunca tuvo la oportunidad de leer un libro como ese. Fue su regalo por la diada de Sant Jordi, un gesto sencillo, pleno en significado, un símbolo palpable del amor inmenso que sentía por sus niños, sentimiento que no conocía fronteras ni distancias, que superaba el dolor y el miedo y que ahora se plasmaba en aquellas páginas, esperando ser leído, soñado y, algún día, comprendido por el mundo.

Esa noche, al llegar a casa, esperó a que sus hijos se acostaran y, con una sonrisa tímida, sacó el libro. Sus ojos se iluminaron al ver las imágenes de dragones, castillos y héroes valientes. Aunque no podía leer las palabras, inventó la mejor de las narraciones, guiándose por los dibujos. Sus hijos rieron, abrazados a ella, dejándose llevar por la magia de aquel momento. Cuando cerró el libro, les dio otra noticia. Se inscribió en una escuela nocturna del ayuntamiento para aprender a leer y escribir. Había tomado la decisión días atrás y esperó hasta ese instante para compartirlo con los suyos. Quería ser como sus hijos: una letrada, no una analfabeta. Quería leer esos libros que veía

en el metro, en las manos de los pasajeros absortos en mundos que ella aún no podía alcanzar. Quería ser libre a través de las páginas, quizás eso era lo más cercano a la felicidad.

Sus hijos la miraron con asombro y orgullo. "Mamá, ¡vas a ser la heroína de nuestros cuentos!", exclamaron al unísono. María sonrió y por primera vez se sintió ligera, como si el peso de los desiertos cruzados, los mares furiosos y los horrores vividos comenzara a desvanecerse, apenas sostenido por los hilos invisibles de la esperanza.

Allí, en ese rincón de Barcelona, comprendió una verdad que la atravesó por completo: no importa cuán sombríos y cansados sean los días, siempre hay pasajes por recorrer, caminos interiores que nos invitan a encontrar el sentido último de nuestra existencia, viajes que se miden en la profundidad de nuestros sueños y en la convicción de nuestros propósitos. Entendió que vivir no era simplemente sobrevivir al dolor o huir de la muerte, tan bien se trataba de llenar de significado los días grises, pues la auténtica trascendencia se afincaba en aquellos actos cotidianos que nos conectaban con algo más grande: el valor de la educación, el poder transformador de los libros, el hábito lector como estandarte de lucha.

Esa noche, sostuvo por largo rato la rosa que le habían regalado, las espinas seguían recordándole sus heridas y derrumbes, pero los pétalos, suaves y vivos, le hablaban de

resiliencia y de cómo la belleza brota incluso en medio de la adversidad. Y entonces lo supo, con la certeza que solo nace del sufrimiento superado: todo aquel dolor no había sido en vano, porque aun en los rincones más oscuros de la existencia, las luces siempre encuentran la manera de brillar. Su historia no era solo la de una mujer migrante que había huido de la violencia, sino la de una madre aguerrida, aprendiz incansable, que había decidido reescribir su destino, letra por letra. Y en esa narrativa personal, los libros serían la brújula que guiaría a sus hijos y, ahora también, a ella misma, pues al final, no hay mayor acto de amor que enseñar a soñar. Y no hay mayor libertad que aprender a leer esos sueños y escribir, con cada página, el relato luminoso de nuestras vidas.

EPÍLOGO

Cerrar un libro es, en realidad, abrir una puerta distinta. *Narrar para no morir* no concluye en estas páginas, sino que se proyecta hacia la vida de cada lector, invitándolo a continuar el ejercicio de la memoria, la palabra y la emoción. Lo narrado aquí ha servido para sembrar nuevas preguntas, provocar resonancias y recordarnos que la literatura es siempre un punto de partida hacia el encuentro con nosotros mismos.

Cada relato ha sido una tentativa de rescatar la esencia de lo humano en medio del vértigo contemporáneo. Desde el dolor silenciado de una infancia rota hasta el amor que se expande incluso frente a la muerte, las historias aquí reunidas se anudan en un mismo hilo conductor: la palabra como salvación. En ella se encuentra la llave para resistir al olvido, para transfigurar las heridas y para afirmar la vida en su dignidad más elemental.

La universalidad de estas historias radica en que lo íntimo se vuelve espejo colectivo. Una madre agotada, una hermana silenciosa, un hijo que reclama ternura, un docente que se pregunta por el sentido del trabajo, todos son personajes singulares y, al mismo tiempo, símbolos de experiencias compartidas. En cada uno se refleja la condición humana con sus fragilidades y esperanzas y esa condición es lo que nos hermana más allá de culturas, geografías o generaciones.

El amor por la lectura aparece aquí como un acto de resistencia frente a la inmediatez y la alienación digital. Leer es detenerse, es concederse la oportunidad de habitar un silencio fértil, es sumergirse en un tiempo distinto al del reloj y el calendario. En un mundo saturado de imágenes fugaces, la lectura nos devuelve la profundidad perdida, nos enseña a escuchar la voz del otro y a reconectarnos con nuestra propia interioridad.

De la misma manera, la escritura creativa se revela como un ejercicio vital de libertad. Escribir es esculpir lo indecible, es atreverse a enfrentar las sombras con el lenguaje como única arma, es rescatar recuerdos que, de otro modo, se diluirían en el olvido. La escritura se avizora a modo de un acto decisivo de vida, una forma sutil de decir "aquí estuve, aquí sigo estando, y mi voz no será callada".

La literatura, como eje transversal de la obra, es un territorio común donde todos cabemos. No importa el origen, el oficio, la edad o las circunstancias, quien lee y quien escribe participa de un diálogo universal que atraviesa el tiempo y el espacio. Es así que la literatura se representa en sí misma como una necesidad profunda del alma humana.

En un contexto global donde las tecnologías de la inmediatez tienden a erosionar los vínculos afectivos y a banalizar la experiencia, volver a los libros es un acto revolucionario. Los libros no nos piden superficialidad, no

nos ofrecen un clic instantáneo; al contrario, se encuentra una verdad que trasciende modas y algoritmos, y es que leer es vivir más intensamente.

Estimado lector, la literatura no es un ornamento de la cultura, sino su fundamento. Escribir y leer constituyen prácticas de resistencia que nos devuelven la humanidad en tiempos donde la prisa amenaza con robarnos lo esencial. Allí donde el dolor, la injusticia o la desigualdad parecen imponerse, la literatura abre un resquicio de luz que restituye la esperanza.

El libro nos recuerda también que narrar es una forma de educar. No hay relato que no deje una huella, que no proponga una lección simbólica. La educación literaria es la que toca el alma antes que la mente, la que forma sensibilidad antes que técnica. Este libro se avizora como un acto pedagógico que enseña sin lecciones, educa sin imposiciones y transforma desde la ternura de lo narrado.

El acto de narrar revela la fuerza de la memoria colectiva. Contar historias es preservar la identidad, es rescatar los fragmentos que el olvido pretende borrar. Cada cuento, al ser leído, se convierte en parte del patrimonio íntimo del lector, quien lo lleva consigo como recuerdo y simiente. La literatura es así la más poderosa forma de resistencia contra la muerte simbólica: mientras se narre, nadie muere del todo.

El epílogo de esta obra es una invitación a reconocer la universalidad de lo humano en sus múltiples expresiones. El dolor de un niño en silencio, la lucha de una madre agotada, la esperanza de un docente, la fuerza de una hermana anónima: todas estas experiencias nos interpelan porque son nuestras en algún punto de encuentro. Allí radica la grandeza de la literatura: convertir lo singular en universal, lo íntimo en colectivo.

En este libro, la palabra ha sido abrigo, refugio y compañía. Ha servido para nombrar la injusticia, pero también para celebrar los afectos. Ha dado voz a quienes callaron demasiado tiempo y ha recordado que la vida merece ser contada incluso en sus fragmentos más adversos. El poder de la literatura radica justamente en esa capacidad de transfigurar lo real y ofrecerlo como un don compartido al mundo.

El amor por los libros es una pulsión ancestral que nos conecta con quienes vinieron antes y con quienes vendrán después. Cada lectura es un diálogo simbólico con el pasado y una siembra hacia el futuro. Los libros nos sobreviven, guardan lo mejor y lo peor de nosotros, y nos recuerdan que, en la finitud de la existencia, la palabra es lo único que puede aspirar a la permanencia.

Hoy, más que nunca, el mundo necesita volver a los libros como espacios de sanación, de encuentro y de sentido. En

ellos habita la posibilidad de rehumanizar lo social, de volver a creer en la empatía, de recordar que somos parte de un relato más amplio que nos trasciende. Cada lector que regresa a los libros se reconcilia con su propia humanidad y prolonga su existencia hacia los demás.

La obra concluye, pero la invitación persiste: sigamos narrando para no morir, sigamos leyendo para mantener despierta el alma, sigamos escribiendo para hacer de la palabra un puente de vida. La literatura es, y seguirá siendo, el lugar prodigioso donde los seres humanos encontramos sentido en medio del caos, belleza en medio de la oscuridad y esperanza en medio de la incertidumbre. Y es que, mientras existan libros, existirá siempre la posibilidad de volver a empezar.

FERNANDA TUSA JUMBO

Docente titular de la Universidad Técnica de Machala en la Facultad de Ciencias Sociales. Licenciada en Periodismo Multimedios. Máster en Comunicación y Educación. Máster en Medios en Red y Ciencias de la Web. Doctora en Comunicación Social. Actualmente ejerce el cargo de Directora de Formación Profesional de la UTMACH.
<https://orcid.org/0000-0002-1570-9579>

ISBN: 978-9942-53-040-0

